

EL VIEJO HECHICERO



ED. SATURNINO DE LEJAS A. MADRID

3 C 4
18



00027947

CVENTOS DE CALLEJA



Editorial "Saturnino Calleja" S.A.
Apartado 447-Madrid



1.25 22.541

año 1935

EL VIEJO HECHICERO

SEGUIDO DE OTROS CUENTOS
MORALES

CON CENSURA ECLESIASTICA

ILUSTRACIONES DE

MANUEL ÁNGEL

Y

MÉNDEZ BRINGA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA ILUSTRADA
VII

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS



EL VIEJO HECHICERO

EN un tiempo remoto vivió un maligno hechicero que había robado años atrás dos tiernas criaturas, un niño y una niña, con quienes vivía completamente aislado en una cueva. A estos niños, que eran muy buenos, quería hacerlos víctimas de sus hechicerías y ejercía sus malas artes con un libro encantado que guardaba como su mejor tesoro.

Una vez ocurrió que el viejo hechicero salió de su caverna y se quedaron en ella solos la niña y el niño; pero éste, que había acechado el lugar en que el viejo hechicero escondía el libro, se puso a leer en él y estudió muchas reglas y fórmulas de nigromancia, y aun aprendió muy bien a hechizar. Pero como el viejo sólo raras veces dejaba salir a los niños de la cueva, donde los quería tener encerrados hasta el día de entregarlos como sa-





Se puso a leer en un librote.





crifício al demonio, con mayor vehemencia deseaban ellos salir de allí, y se aconsejaron entre sí el medio de escaparse, y un día que el hechicero había salido de la cueva muy temprano, dijo el niño a su hermana:

—¡Ahora es tiempo, hermanita! ¡El mal hombre que nos tiene en prisión tan dura se ha marchado; vamos a abrir la puerta y a irnos de aquí, tan lejos como nos puedan llevar nuestros pies!

Y, en efecto, así lo hicieron los niños; se escaparon y anduvieron errantes todo el día.

Por la tarde, cuando vino el hechicero a su caverna, inmediatamente los echó de menos. En el momento abrió su libro de hechizos y se puso a leer en él hacia qué país habían ido los niños; salió a buscarlos, y los tenía ya casi en su poder, cuando los niños percibieron su iracunda rugiente voz; la hermana estaba llena de angustia y de terror, y exclamó:

—¡Hermano, hermano; ya estamos perdidos; el mal hombre está muy cerca de nosotros!

Entonces, el hermano empleó el arte de encantamiento que había aprendido en el libro; dijo una palabra encantada, e inmediatamente se convirtió su hermana en un pez, y él mismo se convirtió en un gran estanque, donde nadaban los pececillos en todas direcciones.

Cuando el viejo llegó al estanque, vio bien





—¡Hermano, ya estamos perdidos!





claro que había sido engañado, y rugió lleno de furor:

—¡Esperad, esperad; ya os cogeré!

Y corrió con gran premura a su cueva en busca de redes para coger los peces. Pero cuando se había alejado de aquel sitio, el estanque y el pez se convirtieron en el hermano y la hermana, que se escondieron bien y durmieron toda la noche, y a la mañana siguiente continuaron su camino y fueron andando todo el día.

Cuando el maligno hechicero llegó con sus redes al sitio que él había observado bien, ya no se veía en él ningún estanque, sino que había en su lugar una verde pradera, donde se podían pescar muy bien ranas, pero no peces; entonces se puso más colérico que antes, tiró sus redes y siguió las huellas de los niños, que no se le perdían, porque llevaba en la mano una varita mágica que le enseñaba el verdadero camino que habían seguido.

Y cuando llegó la noche iba ya casi alcanzando a los errantes niños; ya le oyeron resoplar jadeante y gritar furioso, cuando la hermana exclamó otra vez:

—¡Hermano, querido hermano, ahora estamos perdidos; el enemigo malo nos sigue ya de cerca!

Entonces pronunció el niño una sentencia encantada que había aprendido en el libro, y se





convirtió él en una capilla junto al camino, y ella en una hermosa imagen del altar de la capilla.

Cuando ahora llegó el hechicero a la capilla, observó bien que había sido burlado segunda vez, y corrió, rugiendo terriblemente, alrededor de la capillita; pero no se atrevía a entrar en ella, porque en el pacto de los hechiceros con el enemigo está siempre la condición de que no han de pisar ninguna iglesia ni capilla.

—Pero si no puedo pisar en tu interior, podré al menos pegarte fuego y convertirte en cenizas—gritó el hechicero, echando a correr para traer fuego de su cueva.

Mientras él estaba corriendo casi toda la noche, la capillita y la preciosa imagen del altar se convirtieron otra vez en el hermano y la hermana; se volvieron a esconder y se durmieron, y a la tercera mañana continuaron caminando cada vez más lejos del hechicero, y sostuvieron su marcha todo el día, mientras el hechicero tuvo que andar un largo camino para ponerse otra vez en marcha persiguiéndoles.

Cuando llegó con su fuego al sitio en que había estado la capilla, tropezó con la nariz en un gran risco, que no podía incendiar y reducir a cenizas, y a seguida se puso a correr con rabiosos saltos y siguiendo la pista de los niños. Por la tarde les iba siguiendo ya muy de cerca, y por tercera vez se atemori-





El viejo se hallaba inmóvil.



zó la hermanita y se tuvo por perdida; pero el niño dijo de nuevo sus palabras encantadas que había aprendido en el libro, y se convirtió en una gran era, donde los labriegos estaban trillando, y su hermana se convirtió en un granito de cebada que estaba como perdido en la era.

Cuando llegó el hechicero advirtió pronto que había sido chasqueado por tercera vez; mas ahora no pensó mucho tiempo, no echó a correr a su cueva, sino que pronunció una palabra que había aprendido en su libro de nigromancia, y se convirtió en un gallo negro que fue corriendo hacia el grano de cebada para picarlo; pero el niño dijo ahora otro encantamiento que había aprendido en el libro, y se convirtió de repente en un zorro; cogió al negro gallo antes de que hubiese picado el grano, y le arrancó la cabeza de un mordisco. Así acabaron a la vez el encantador y el cuentecito.





LA HERMANITA DE LOS POBRES

MARÍA de los Ángeles era una niña de diez años, tan pequeñita y débil, que apenas podía trabajar como una criada en las rudas faenas que a éstas proporcionan las casas de labor. Tenía esta niña los ojos asustados y la sonrisa triste, con esa tristeza muy semejante a la que esparce sobre la tierra el sol que muere, reflejo de los sufrimientos que no se exteriorizan en forma de quejas y de lloros.

Algún que otro labrador rico de los que solían encontrarla a la salida del bosque cercano a la aldea, cargada con pesados fardos de legumbres que entorpecían su marcha, haciendo tardo el paso y fatigoso el andar, ofrecíanla, al verla vestida de harapos y remendada la falda, comprarle una de estameña, que, aunque áspera, hubiérale abrigado más que





Cargada con pesados fardos.





aquella burla de traje y ropas que mal cubrían sus carnes. A las ofertas, siempre en días de buenas ventas hechas en el mercado del vecino pueblo, respondía María de los Ángeles:

—En el pórtico de la iglesia hay una pobre madre que no tiene pan con que alimentarse para poder criar a su pequeñuelo, y mucho menos tiene abrigo con que cubrirlo para evitarle el frío en este riguroso mes de Diciembre; dadle una buena limosna para que coma, y compradle un buen mantón con que se abrigue, y yo no sentiré frío al verla abrigada, ni me importará mi cansancio sabiendo que ha comido.

Sus buenos sentimientos le valieron el sobrenombre de *Hermanita de los pobres*, que unos, los que tenían mal corazón, le daban por burla, y otros, en recompensa de sus buenos sentimientos.

María de los Ángeles era huérfana. En los primeros años de su vida había dormido en una cuna cubierta de encajes, y tenía un armario lleno de juguetes. Una mañana en que su madre no fué, como de ordinario, a darla el primer beso del día, como llorase por verla, la dijeron que una santa del cielo se la había llevado para hacer compañía a la Virgen, y semejante idea secó sus lágrimas; un mes después, su padre siguió el mismo camino, y María de los Ángeles creyó que su madre hubo de reclamar





a su padre, y que ambos no tardarían en hacerlo mismo con ella.

Una vez sola en el mundo perdió su cuna y sus juguetes, y de rica heredera convirtióse en humilde criada, sin que causara esta transformación extrañeza a nadie.

Unos malvados, con careta de gente honrada, robaron a la huérfana su patrimonio, sin que tuvieran piedad de la pobre niña. De nada de esto se acordaba la infortunada: sólo, sí, tenía una idea de haber visto una mañana al lado de su cunita a su tío Juan y su tía Andrea, que la dieron miedo con su aire triste y preocupado. Sin darla un beso, vistiéronla con ropas de grosero lienzo y la condujeron a la humilde cabaña donde seguía viviendo con ellos. Esto era todo lo que sabía.

Juan y Andrea también fueron ricos; en otro tiempo; pero él adoraba los grandes esplendores de la riqueza; daba grandes convites, en los cuales se llenaba su mesa de invitados y amigos; pasaban las noches en orgías eternas, sin pensar en los toneles que se agotaban poco a poco, y ella era muy aficionada al lujo, a los trajes de seda, a los mil artificios del tocador, empleados con la vana ilusión de conservar eternamente su juventud y su belleza; y llegó un día en que el vino faltó en la bodega... y los grandes y hermosos espejos hubieron de venderse para comprar pan.





Hasta entonces habían tenido para con los demás esa especie de benevolencia de los ricos, consecuencia del bienestar y la satisfacción de sí mismos, que les lleva a desear compartan otros su dicha, resultando de aquí que su caridad no está exenta de egoísmo. Pero al notar la falta de sus riquezas, no supieron sufrir con paciencia su pobreza, ni mucho menos seguir siendo buenos. Las lágrimas que les causaba la miseria presente y el recuerdo de su grandeza pasada, volviéronles duros y malévolos para con sus semejantes. A pesar de que la pobreza en que vivían era obra suya, acusaban a todos de ser causa de su ruina, y, exasperados por los sinsabores de su vida, se consolaban con los sufrimientos de sus vecinos.

Así fué que, en vez de compadecer a María de los Ángeles viendo sus harapos y la demacración de su rostro, se recreaban en la debilidad de aquélla cuando, al regresar de la fuente, veíanla vacilar, sosteniendo a duras penas con ambos brazos un gran cántaro lleno de agua. Pegábanla a menudo por fútiles pretextos: por una gota de agua vertida, por un polvo de sal derramado, por una gota de tinta que se desprendiese de su pluma o del tintero, por ser todo esto, según decían, causa de desgracias o anuncio de ellas; pero, eso sí, los brutales castigos que la imponían, el me-





Dormir en la casucha del perro.





nor de los cuales era ir a dormir en la casucha del perro, decían que era preciso *para corregir su mal carácter*; pero en su fuero interno no dejaban de comprender que todos aquellos castigos eran injustos.

María de los Ángeles sufría su miseria y sus más fatigosos trabajos con la mayor paciencia; enviábanla a espigar en el rigor del verano, a recoger leña de los más apartados senderos del bosque durante los días más crudos del invierno y durante las más copiosas nevadas; apenas regresaba, poníanla a barrer, a lavar y a limpiar toda la choza.

Los pocos días felices que recordaba estaban tan lejanos, que no podía comprender la desdichada cómo había gentes que no se pasaran la vida llorando. Casi no tenía idea de que pudieran existir niñas ricas y mimadas, y en su santa ignorancia de las cosas de la vida, a falta de juguetes y besos, aceptaba los golpes y el pan seco de cada día, como si en la tierra no existiera otra cosa. Y era un asombro para las gentes de juicio ver a una niña de diez años tan maltratada, mostrar tal piedad por los sufrimientos ajenos sin fijarse en los propios.

Una tarde en que los esposos celebraban uno de los aniversarios de su casamiento, dieron a María de los Ángeles una moneda de cinco céntimos, permitiéndola que fuera a jugar el resto del día. La *Hermanita de los pobres* bajó





al pueblo sin saber qué hacer del dinero ni del permiso, y así llegó a la calle principal, donde vio cerca de la iglesia una tienda cuyos escaparates estaban llenos de confites y muñecas de tan preciosa vista a la luz del gas que despedían los mecheros de la cristalería, que los niños de la comarca soñaban con ella como con un paraíso. Aquella noche, un grupo de muchachos, con las bocas abiertas, mudos de admiración, se apoyaban lo más cerca del escaparate para contemplar las maravillas que encerraba. María de los Ángeles envidió la audacia de aquellos niños y se detuvo en medio de la calle, arreglando con sus delgadas manitas los descompuestos guiñapos de sus vestidos. Orgullosa de su riqueza, oprimía entre sus dedos la moneda, escogiendo con la vista entre los juguetes el más hermoso, como si pudiera comprarlo por tan poco dinero, decidiéndose por una muñeca de cabellos rubios, de gran tamaño y vestida de seda blanca, que parecía la imagen de la Virgen.

Dio la pobre niña un paso hacia la tienda, y, al extender su mirada antes de entrar, vio frente a la puerta, sentada en un banco de piedra, a una mujer mal vestida, que oprimía entre sus brazos a un niño sollozando. Se detuvo de nuevo, vuelta de espaldas a la muñeca; al oír los gritos del niño, cruzó piadosamente sus manos, y sin titubear se dirigió a la pobre





mujer, decidida a entregarle sus cinco céntimos.

Hacía largo rato que la mendiga contemplaba a la niña; la había visto detenerse y avanzar hacia la tienda de juguetes; de modo que cuando se dirigió a ella comprendió la inmensa bondad de aquella alma. Tomó la moneda con los ojos húmedos, y estrechó cariñosamente entre las suyas la infantil mano que se la alargaba.

—Hija mía, bondadosa niña—exclamó—, acepto tu limosna porque sé que al rehusarla te daría un disgusto. Pero dime, ¿tú no deseas nada? Aunque me ves tan mal vestida, puedo satisfacer cualquier deseo tuyo.

—¿Y qué es desear, buena señora? Dispénseme si le hago acaso una pregunta enojosa para contestar a esa otra pregunta.

—Desear, hija mía, es apetecer alguna cosa que se supone difícil de alcanzar.

—Yo no conozco las cosas de la vida, ni de ésta más que el trabajo que Dios me ha mandado; si desear es apetecer algo que se cree de imposible realización, yo desearía que no hubiera pobres en la tierra.

Mientras hablaba la mendiga, sus ojos brillaban con extraño fulgor, y sobre su cabeza se extendía una claridad semejante a una corona hecha de rayos del sol. El niño, dormido sobre sus rodillas, sonreía con éxtasis.





—Por lo demás, señora—, continuó María de los Ángeles—, yo hubiera comprado una muñeca con esa moneda, pero mi tía Andrea me la hubiera roto en seguida. Sólo pido en cambio un beso; ¡hace tanto tiempo que no me lo dan!

Entonces la mendiga se inclinó y la besó en la frente, y al recibir la caricia, la pobre niña sintió circular por sus venas dulcísimo fuego, desapareció de su pecho la constante fatiga que la ahogaba, y su corazón latió con nobles impulsos de virtud.

—Hija mía—murmuró la desconocida—, no quiero que tu buena acción quede sin recompensa. Tengo, como tú, una moneda, de la cual no sabía qué hacer antes de verte. Muchos príncipes, señores poderosos y grandes damas me han arrojado bolsas repletas de oro, pero a ninguno le he juzgado digno de poseerla. Tú la mereces; tómala, y obra siempre según los impulsos de tu corazón.

Diciendo estas palabras, dio a la niña una vieja moneda de metal indefinible, cortada de manera irregular, en cuyo centro había una inscripción de caracteres extraños, circundada por una corona de rayos. Era, sin duda, alguna moneda del reino de los cielos.

María de los Ángeles, al verla tan pequeña, tendió su mano, comprendiendo que la tal moneda no podía causar un gran perjuicio a la





Dió a la niña una vieja moneda.





mendiga y que sólo sería un recuerdo de amistad y cariño.

—¡Jesús!—pensó—, esta pobre mujer no sabe, sin duda, lo que dice. Los príncipes y las señoras no sabrían qué hacer de su moneda, pues es tan fea que no serviría para pagar una onza de pan: ¡no me puede servir para dar una limosna!

La mendiga sonrió como si hubiese escuchado el pensamiento de la niña, y la dijo dulcemente:

—Llévala siempre, no te desprendas de ella, y ya verás.

María de los Ángeles aceptó dicha ofrenda, más por no incomodar a quien la daba que por ella misma, y bajó la cabeza para guardarla sobre el cuerpo de su vestido.

Al levantar la vista, el banco estaba vacío. La niña volvió a casa de sus tíos muy pensativa por aquel encuentro.

* * *

María de los Ángeles dormía en un granero lleno de trastos viejos, sólo iluminado las noches de luna por los rayos que penetraban a través de una claraboya abierta en el techo. En las noches oscuras tenía que buscar a tientas su cama, miserable lecho de tablas mal unidas, cubiertas por un felpudo.

Aquella noche la luna llena dirigió su luz al pobre granero.





En cuanto sus tíos se acostaron, la niña subió a su habitación. En las noches sombrías pasaba terrores inmensos al escuchar gemidos y ruidos de pasos dados misteriosamente, gemidos y ruidos que sólo eran crujidos de las vigas y andar de las cucarachas y de las ratas; así es que adoraba el hermoso astro, cuya azulada claridad disipaba sus temores.

Sintió la niña gran alegría al ver su alcoba iluminada, y como la fatiga rendía su cuerpecito, dispúsose a dormir tranquila, sintiéndose guardada por su buena amiga la luna. ¡Cuántas y cuántas veces la hubo de sentir, durante las eternas horas de la noche, pasearse por la habitación dulce y silenciosa, haciendo huir los malditos ensueños del invierno y llevando su luz allí donde las sombras la infundían más terror!

Se arrodilló sobre un cofre viejo para elevar a Dios su plegaria, y cuando terminó su oración se apoyó en la cama y empezó a desabrocharse el justillo y la falda, la cual cayó al suelo, arrojando por el entreabierto bolsillo un sinnúmero de monedas.

María de los Ángeles las veía rodar inmóvil y aterrada.

Se bajó a recogerlas y fuélas poniendo una a una, formando montoncitos, sobre la tapa del cofre, sin detenerse a contarlas, cosa también de todo punto imposible, por no saber ella





Un sinnúmero de monedas.





contar más que hasta diez, y pasaban, con mucho, de esta cantidad las monedas recogidas. Cuando ya no quedó en el suelo moneda alguna, recogió la falda, y en su peso conoció que aun se ocultaban más en el bolsillo; tras un puñado sacaba otro, y ya desesperaba de llegar al fondo, cuando de repente notó que sólo restaba una; la sacó, y vio que era la que aquella misma noche la acababa de regalar la mendiga.

Entonces adivinó que Dios acababa de obrar un milagro, y que aquella moneda tan feísima, desdeñada por ella no hacía mucho tiempo, era la base de su fortuna. La estrechaba temblorosa entre sus manos, temiendo que la diese el capricho de llenar el granero de riquezas, cuando no sabía ya qué hacer con los montones de dinero* desparramados ante su vista.

Como buena trabajadora, tenía siempre hilo y aguja en su cuarto; buscó un pedazo de tela vieja para hacer un saco; pero le hizo tan estrecho, por lo escaso de la tela, que apenas podía introducir en él su pequeña mano; colocó en el fondo la moneda de la pobre, y luego fué colocando las piezas de plata y oro que cubrían el cofre, y conforme se llenaba, se iban estrechando de tal modo, que siempre quedaba sitio libre para todas.

Una vez guardadas las monedas, cansada





María de los Ángeles por tan violentas emociones, se durmió sonriente, soñando que distribuía muchas limosnas; tantas, que se acabó el dinero.

* * *

Cuando despertó a la siguiente mañana, creyó que todo lo ocurrido en la noche anterior había sido un sueño; pero hubo de convencerse de la realidad tocando su tesoro, más pesado aún de lo que ella lo había dejado, lo que la hizo comprender que la moneda misteriosa se había multiplicado durante la noche.

Vistióse a toda prisa y bajó silenciosamente la escalera con sus zapatitos en la mano para no hacer ruido, y el saco oculto en su pecho oprimiéndole con las manos. Pasó por delante de la cama donde dormían sus tíos, con gran miedo; pero apenas hubo pasado el peligro, echó a correr; abrió de par en par la puerta y huyó, olvidándose de cerrarla.

Era una de las mañanas más frías del mes de Diciembre; apenas amanecía, y el cielo, a la pálida claridad de la aurora, tenía el mismo color que la tierra, cubierta de nieve. Entre aquella blancura universal de profunda calma, María de los Ángeles marchaba de prisa, siguiendo el sendero que conducía al pueblo, sin escuchar más ruido que el que hacían sus zapatos sobre la nieve.

Cerca de la población se acordó de que en





Elevó a Dios su plegaria.





su marcha apresurada había olvidado sus rezos de la mañana, y allí, sola, perdida en aquella inmensa y triste serenidad de la naturaleza, aun dormida, elevó a Dios su plegaria con esa dulce voz infantil que apenas si puede distinguirse de la de los ángeles. Levantóse entumecida por el frío y apretó el paso.

Reinaba en aquel país, y sobre todo en aquel invierno, una miseria espantosa. Los pobres que viven gracias al sol y a la caridad de algunos corazones bondadosos salían todas las mañanas para ver si llegaba la caridad llevándoles sus limosnas y sus consuelos. Andaban penosamente por los caminos y se sentaban sobre los guardacantones, cubiertos de escarcha, a la entrada de los pueblos, implorando la caridad de los pasajeros, porque hacía tanto frío en sus casuchas, que preferían vivir en las carreteras. Aquellos pobres eran tan numerosos que hubieran podido poblar una gran ciudad.

María de los Ángeles entraba en el pueblo con su saquito abierto, cuando vio venir hacia ella un pobre anciano ciego, conducido por una niña que la miraba tristemente, tomándola por una compañera de desgracia al verla tan mal vestida.

—Buen viejo—dijo al ciego—, extienda usted sus manos, que Dios me envía para consolarlo.

Y se dirigió al hombre, porque le parec-





ron las manos de la niña muy pequeñas para poder recibir la limosna que quería darles.

Para llenar las manos del pobre ciego, que la bendecía tembloroso de emoción, fué necesario meter y sacar llenas las suyas más de seis veces en el saco.

La niña tenía prisa por llegar a la iglesia, cerca de los bancos de piedra donde los pobres se reunían por las mañanas con el objeto de que la casa de Dios los resguardase de los vientos del Norte, y el sol, que a su salida daba de lleno en el pórtico, templase sus ateridos cuerpos.

En la esquina de una callejuela estrecha encontró una pobre mujer, joven aún, que debía haber pasado allí la noche, según la palidez de su rostro y los tiritones de frío que daba. Con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, parecía dormir, sin esperar otro amparo que la muerte, que no debía tardar en apoderarse de ella. María de los Ángeles, temerosa de haber llegado tarde, detúvose ante ella con la mano repleta de monedas.

—Buena mujer—dijo, tocándola en el hombro—, es necesario almorzar y sentarse al fuego para matar ese frío y el hambre. Tome usted, tome usted dinero.

Y le alargaba la mano, llena de brillantes piezas de oro.

Al escuchar aquella dulce voz, la mujer





La niña comenzó a repartir el dinero.



abrió los ojos y tendió maquinalmente las manos, creyendo soñar que un ángel había bajado del cielo.

María de los Angeles llegó a la plaza cuando los pobres, sentados a la puerta de la iglesia, temblaban de frío, estrechándose unos contra otros para darse algún calor. La niña comenzó a repartir el dinero del saco, arrojándolo en los raídos sombreros y en las faldas y los delantales, con tal entusiasmo, que muchas piezas rodaron por las losas. No reparaba en contarlas, pero el maravilloso saquito no sólo no se agotaba, sino que, por el contrario, parecía más lleno cuanto más sacaba de él. Los pobres, asombrados por aquella lluvia divina, recogían las monedas con frases como éstas:

—Que Dios colme de bendiciones a quien así nos favorece.

La limosna fué tan pródiga, que aquellas pobres gentes creyeron entonces, y lo siguen creyendo aún, que los santos de piedra de la portada les enviaban aquella fortuna.

La niña reía, sintiéndose feliz al ver la alegría de los que había socorrido. Dio tres veces la vuelta al corro de pobres para dar a cada uno la misma suma; luego se detuvo, no porque el saquito se vaciase, sino porque tenía mucho que hacer antes de la noche. Cuando se alejaba vio en un rincón del atrio a un pobre viejecito enfermo que, no pudiendo





aproximarse, le tendía las manos. Sintiendo no haberle visto antes, se acercó y vació el saco, a fin de darle más que a todos los demás. Las monedas corrieron de aquella mágica bolsa con la abundancia que corre el agua de una fuente, sin detenerse un momento, hasta tal punto, que María de los Ángeles cerró en seguida la abertura con sus manitas, porque, de lo contrario, el montón hubiera sido mayor que el cuerpo del mendigo.

* * *

Después de haber dejado bien repleta la bolsa de los pobres del pueblo, marchó María de los Ángeles al campo, seguida de un cortejo de mendigos que, olvidándose de templar sus sufrimientos, iban tras ella asombrados, atraídos por una fuerza superior a su voluntad.

Aquella pobre niña, vestida de grosera estameña hecha jirones, hacía honor al sobrenombre de *Hermanita de los pobres*; era su hermana por los harapos que la cubrían, por su tierna piedad. Se encontraba a su lado como en familia, y al socorrer a los que la miraban no se acordaba de que ella tenía hambre y frío. María de los Ángeles caminaba gravemente, más de lo que sus pies se lo permitían, rodeada de una luz de majestad y escoltada por muchos ancianos que la bendecían elevando sus manos al cielo.

Con el saquito en la mano iba por los pue-





blos distribuyendo limosnas; no escogía para ello los caminos; ora seguía una senda, ora un valle, aquí las cuestas de las montañas, allá la vereda del pedregal. Deteníase de vez en cuando para ver si algún vagabundo se abrigaba al pie de alguno de los árboles del camino o en alguna gruta de la montaña. Empinábase mirando al horizonte y condoliéndose de no poder atender a todas las miserias del país, temerosa de haber dejado tras sí algún sufrimiento ignorado; y bien acortase su paso, bien corriese al encuentro de algún indigente, seguía siempre su cortejo.

Al pasar por un hermoso prado, una bandada de pajaritas de las nieves se posó ante ella, y las pobres aves cantaban con melancólicos tonos, pidiendo un alimento en vano rebuscado entre las secas ramas de los árboles y los jaramagos de la tierra mal cubierta por la nieve.

La caritativa niña se detuvo aturdida al encontrar algunos seres a quienes sus monedas no podían socorrer, y miraba su bolsa con tristeza, comprendiendo que aquel dinero, como tal, podría serle inútil algunas veces, pues no siempre se remedian con algunas monedas las necesidades de la vida.

Viendo su perplejidad, salió de entre el cortejo un pobre anciano y le dijo a María de los Ángeles:

—Hermanita, te encuentras por primera vez





Se detuvo aturdida.





enfrente de una desgracia que no se remedia con dinero, pues esos pajarillos, que son criaturas de Dios, no tienen labradores que les siembren, segadores que les sieguen, molineros para moler y panaderos para amasarles el pan; pero, si tú quieres, esas monedas que te parecen inútiles puedes convertirlas en cosas que pueden serlo. No lejos de aquí hay una granja que es la más rica de los contornos, y puedes comprar en ella un saco de trigo, con lo que tendrán sobrado estos pajarillos.

Hízolo así la joven, enviando bien provisto de dinero a uno de los más jóvenes y ágiles de los muchos pobres que la seguían, y poco tiempo después volvía cargado con un saco grande de trigo y una pala: con la pala fuése aventando el trigo y arrojándolo en todas direcciones, siendo la primera en ofrecer por su mano, con el corazón palpitante de alegría, un verdadero festín, echando el grano en tal cantidad, que al llegar la primavera convirtiéndose aquel hasta entonces erial en un hermoso campo de trigo. Desde entonces, aquel rinconcito de tierra pertenece a los pájaros, que encuentran en él en toda estación abundante alimento para millares de ellos, que llegan desde veinte o treinta leguas a la redonda.

La infantil bienhechora siguió caminando, y desde entonces no se contentó con repartir dinero, sino que, según las necesidades de cada






uno, así compraba y repartía limpias blusas, pesados refajos de lana o fuertes zapatos, todo a la medida del pobre a quien iba destinado; asimismo repartía mobiliario modesto, camas, colchones, sábanas, mantas, todo de abrigo, limpio y nuevo; a quién daba grano para sembrar, paja para el ganado, lo necesario para la cría y alimento de las bestias; a quién útiles del trabajo, aperos de labranza, lana para hilar, hilados para tejer, telares y cardas para este mismo fin, leña para el carboneo, cuero para sus curtidos y trabajos; y para todos cuantos artes, oficios, industrias, etc., se conocen, proveía el saco, sin que se mostrase orgulloso de los milagros que operaba el dinero que salía de su seno; al contrario, sus orillas se hallaban ya gastadas, se habían ensanchado de tanto meter y sacar la mano.

María de los Ángeles seguía andando sin sentir fatiga, a pesar de que había recorrido más de veinte leguas desde la madrugada, sin comer ni beber.

Al verla pasar por los caminos sin dejar huella de sus pasos, se hubiera dicho que la transportaban invisibles alas, pues aquel mismo día la habían visto en los cuatro extremos de la comarca, y no se hubiera encontrado un rincón de la tierra, en la llanura o en la montaña, donde la nieve no guardase algún recuerdo de ella y de su paso. Si sus tíos hubieran





tenido la pretensión de perseguirla, hubiesen corrido el riesgo de caminar una semana entera antes de encontrarla, no porque dudasen acerca del camino que habían de seguir, sino porque marchaba tan de prisa, que en otro tiempo ni ella misma hubiera podido hacer semejante viaje en menos de seis semanas.

El cortejo aumentaba en cada pueblo, pues todos los socorridos marchaban en su seguimiento, hasta el punto de que la muchedumbre se extendía tras ella varios centenares de metros. Eran sus buenas obras las que la seguían, y acaso jamás ningún ser humano se había presentado ante Dios con tan poderosa escolta.

Se acercaba la noche, y la *Hermanita de los pobres* se detuvo sobre la cumbre de un montecillo, inmóvil, mirando las llanuras enriquecidas por ella y contemplando sus negros harapos, que destacaban sobre la blancura del crepúsculo. Los mendigos hicieron un círculo a su alrededor, agitándose con sordo y creciente murmullo; después reinó por algunos instantes un profundo silencio. Luego María de los Ángeles, sonriendo a aquel pueblo apiñado a sus pies, engrandecida sobre la colina, elevó al cielo sus manos, y exclamó:

—Demos gracias al Niño Jesús y a la Virgen María.





Mirando las llanuras.



Y todo el pueblo escuchó su dulce voz.

Era muy tarde cuando María de los Ángeles volvió a su vivienda; sus tíos se habían dormido ya, hartos de cólera y amenazas, y no advirtieron su entrada por la puerta del establo, sólo cerrada por el picaporte, ni oyeron sus pasos al subir al granero, donde la niña encontró a su buena amiga la luna, radiante y bella como nunca. ¡Cuántas veces recompensa el cielo nuestras buenas obras enviándonos uno de sus más puros rayos!

La niña, aunque sentía bastante necesidad de reposo, quiso volver a ver antes de acostarse la milagrosa medalla del fondo del saco, pues había trabajado tan bien, que merecía un beso. Sentóse sobre el cofre y se entretuvo en desocupar el saco, echando puñados de monedas a sus pies; pero más de un cuarto de hora hacía que duraba aquella operación, y ya desesperaba al ver llegar el montón hasta sus rodillas. Entonces volvió el saco del revés, y hubo tal inundación de dinero, que se llenaron las tres cuartas partes de la guardilla, y el saco quedó vacío.

Al escuchar aquel ruido se despertó Juan, hombre que no hubiera oído durante el sueño ni el hundimiento de la choza; abrió los ojos al rodar de las monedas, y empujó a Andrea, diciéndola:





—¿Oyes, mujer, oyes?

La vieja murmuró algunas frases incomprensibles, con tono de mal humor.

—La chiquilla ha vuelto —añadió Juan— y debe haber robado a alguien en el camino, porque oigo allá arriba el ruido de una bolsa repleta.

Entonces Andrea, completamente despabilada, se levantó sin murmurar, y, encendiendo una luz, exclamó:

—Ya sabía yo que esta chica no podía ser buena.

Y dijo después:

—Me compraré una cofia de encajes y unos buenos zapatos, que luciré el domingo.

Y ambos, medio desnudos, subieron a la guardilla, Juan delante y Andrea detrás con la luz. Sus sombras, delgadas y caprichosas, tomaban extrañas formas a lo largo de las paredes.

En lo alto de la escalera se detuvieron, llenos de asombro al ver sobre el suelo una capa de monedas de una vara de espesor. Por todas partes se levantaban montones de dinero, verdaderas olas de dinero. Entre dos de aquellos montones dormía María de los Ángeles, iluminada por un rayo de luna, pues la pobre niña, rendida por el sueño, había caído al suelo sin poder llegar a la cama, soñando con el cielo sobre aquella alfombra hecha de limos-





nas. Tenía la encantadora niña los brazos cruzados sobre el pecho, y en su mano derecha oprimía el mágico regalo de la mendiga, oyéndose en medio del silencio la respiración suave y regular, mientras que el astro de la noche se reflejaba alrededor de ella en las monedas nuevecitas, rodeándola como un círculo de oro.

Juan y Andrea no eran gentes capaces de asombrarse mucho tiempo. Ansiaban aprovecharse de aquel dinero, y no se cuidaron de escoger los medios.

Despertaron brutalmente a María de los Ángeles, y una vez ésta en pie, increpándola por haber faltado todo aquel día a las labores de la casa y haciéndola cargos muy feos, dándola nombres más feos aún y achacándola faltas indignas, concluyeron por decirla:

—Vete, vete de esta casa que has deshonrado, y no vuelvas más a ella.

—Pero, tíos—replicó la niña—, si nada de eso es cierto; si yo soy buena como siempre, y no tenéis razón para maltratarme ni para arrojarme de vuestra casa cuando apenas es la media noche. ¿Dónde iré con este frío, los campos llenos de nieve y la helada que anuncia la claridad de la luna?

—Vete, vete—la respondieron;—¿qué nos importa a nosotros si hace frío, si el campo está blanco por la nieve y si escarcha? ¿Tuviste esto en cuenta anoche para escapar? No; pues





tampoco debemos nosotros tenerlo en cuenta hoy para arrojarte de esta casa por ladrona y desvergonzada.

Y dándola empujones la pusieron en el campo, donde encontró la desdichada más abrigo y más amparo que entre las gentes de su propia familia, pues como a cosa de una legua de la cabaña de sus tíos encontró una choza de carboneros que la dieron abrigo por aquella noche.

* * *

Tiempo hacía que en la comarca, y casi siempre a la entrada o a la salida del bosque cerca del que tenían su choza los tíos de María de los Ángeles, venían cometiéndose algunos robos acompañados del asesinato de la persona robada, sin que hubiera podido descubrirse el criminal o los criminales que los cometían.

A la mañana siguiente a la noche en que Juan y Andrea hubieron despachado a María de los Ángeles de su cabaña y quedándose con su dinero, apareció no lejos de ésta, y sobre las lindes del camino del monte, muerto el más rico labrador de la comarca, y era fama en el pueblo que aquella tarde había salido con un gran saco repleto de dinero; no lejos del cadáver del hombre se veía el del caballo que éste montaba.

Promovió esta muerte gran alboroto en el





Muerto el más rico labrador.





pueblo, y algunas gentes, a fuerza de cavilar, entraron en sospechas de Juan. Con efecto, algunos campesinos que se habían retrasado en sus faenas y pasaron, por consiguiente, a más de las diez de la noche no lejos de la cabaña, habían creído escuchar como el sonido metálico que produce el dinero cuando se cuenta en gran cantidad; el médico, que fue al vecino lugar a más de media noche, vio luz en la ventana del granero de Juan, y a la madrugada, cuando volvió al pueblo, todavía brillaba en ella la luz, y también creyó percibir el sonido de monedas que se cuentan. Los carboneros dijeron que a cosa de las diez habían dado abrigo a María de los Ángeles, que la habían despedido sus tíos al campo a aquellas horas. Y creció el rumor, y la opinión pública señalaba ya determinadamente a Juan como autor del delito, y a Andrea como cómplice.

Enteradas las autoridades del rumor público, fueron a casa de Juan, y al practicar en ella el registro la policía, encontró oculta, muy bien oculta en el lugar de la misma choza, una gran cantidad de monedas de oro; interrogados ambos esposos acerca de la procedencia de aquel dinero, no supieron qué responder, manifestando sólo que lo había llevado a la casa su sobrina María de los Ángeles, a la que ellos suponían autora del robo. Pero como era in-





comprensible que una pequeñuela de diez años hubiera cometido semejante delito, tratándose de un hombre de cuarenta años, fornido y que iba a caballo, concluyeron de convencerse de que los verdaderos autores eran éstos, que a las circunstancias del delito añadían la infamia de querer librarse acusando a una pobre niña, a quien todo el mundo apreciaba y quería por sus buenas obras.

Al conocer estos detalles últimos, se levantó un clamor en toda la comarca contra ellos, pues los favorecidos y los no favorecidos por la *Hermanita de los pobres* levantaron su voz para acusarles de todos los crímenes posibles.

Aquel hombre y aquella mujer, inocentes del delito de que se les acusaba, acumularon con sus torpezas pruebas sobre pruebas y materiales bastantes para que la justicia de los hombres enviara a la horca a ambos. Y así sucedió, en efecto; acusados bien, mal defendidos, porque lo fueron ya por cumplir este deber, sin convicción de su inocencia, sin medios de defensa ni de prueba, abrumados por los cargos más que lógicos y de una apariencia de realidad abrumadora, fueron condenados, como autor y cómplice de asesinato seguido de robo en despoblado, con las circunstancias agravantes de nocturnidad y alevosía, a la pena de muerte.





Llegó la nueva de semejante suceso al lugar en que vivía accidentalmente María de los Ángeles, y sin parar mientes en lo que con ella hicieron, llevando siempre con ella la medalla milagrosa, encaminóse al lugar en que se encontraban sus tíos en tan triste situación.

Llegó la niña a la cárcel y logró tener con ellos una entrevista. No bien la hubieron visto los tíos, comenzaron a recriminarla y a culparla del estado en que se encontraban. Perdonó la niña las ofensas que la inferían, y prometiéndoles que no tardarían en quedar en libertad, y decía esto teniendo entre sus manos la medalla milagrosa.

Salió de la cárcel María de los Ángeles, y fuese a la iglesia más cercana, y allí pidió a la Virgen, con lágrimas en los ojos, que salvase a los que tanto la habían maltratado; y con tal fervor pidió, que parecióle ver al Niño Jesús que la enviaba una sonrisa cargada de promesas.

Con efecto, apenas habían pasado algunas horas, cuando por toda la población comenzó a circular la noticia de que Juan y Andrea eran inocentes, que el dinero que se les encontró habíalo dejado allí la niña María de los Ángeles, operándose una reacción favorable a los acusados. La *Hermanita de los pobres*, que no por estarse ocupando de sus tíos había dejado de cumplir su misión providencial de socorrer





al menesteroso, presentóse a las autoridades, después de haber vaciado dos o tres veces el milagroso saco en las manos y los sombreros de los pobres de muchas leguas más allá de la comarca, que venían al pueblo atraídos por las noticias que de la bondadosa niña llegaban a las más apartadas regiones.

Una vez ante los jueces de su tío, comenzó a explicar a éstos María de los Ángeles el por qué había tanto dinero en casa de Juan y de Andrea; y como la preguntaran con incredulidad y dureza que de dónde salía, no sólo aquel dinero, sino el que ella repartía, dijo:

—Del cielo.

Y la replicaron:

—En el cielo no se acuña moneda.

—Vaya si se acuña; mirad, y os quedaréis convencidos.

Y sacando del pecho su saquito, comenzó a vaciarlo sobre una de las mesas, hasta el extremo de formar con las monedas que vertía un montón tan alto, que llegaba al techo de la sala.

Como uno de los escribanos allí presentes, tentado por la avaricia, dijera: «Hermoso montón de dinero; ya tenemos para pagar las costas y gastos de este proceso», sorprendiose de él una luz tan viva, que dejó casi ciego y aullando de dolor al avaricioso.





Entonces uno de los jueces dijo a María de los Ángeles:

—Hermosa niña, si tanto es tu poder, ¿por qué no nos dices cuál es el criminal a quien debemos perseguir en vez de tus tíos?

—Eso toca a vosotros; mi misión es de caridad; la vuestra, de justicia. Salid y buscad con fe, que encontraréis lo que me pedís.

Salieron, en efecto, y en la puerta encontraron un anciano con barba blanca y larga, rostro severo, y vestido de una manera extraña, que les dijo:

—Si buscáis la verdad, yo os guiaré; si vais por caminos torcidos a buscar lo que os cuesta menos trabajo, porque se os da hecho, os dejaré abandonados a vosotros mismos.

Miráronse asombrados aquellos magistrados, y siguieron silenciosos a aquel anciano, cuyo rostro y cuyas maneras causaban profundo respeto.

Era el caso que en el pueblo vivía un hombre a quien todos tenían por millonario, y lo era, en efecto, porque desde hacía muchos años que fue a establecerse allí habíase ido quedando con la fortuna de todos aquellos que habían tenido la desgracia de pedirle prestado. Hacíase tutor de todos los huérfanos, y al cabo, como sucedió con María de los Ángeles,





En la puerta encontraron un anciano.





quedábanse éstos en la miseria, sin saberse que había sido de su dinero y de su fortuna.

Hacía este hombre una vida obscura y misteriosa; casi no se le veía en la calle más que cuando había de ir a ejercer su industria de empobrecedor de huérfanos, y todas las mañanas, antes de amanecer, en la iglesia, adonde acudía más por hipocresía que por devoción. Pero todo el mundo le respetaba y temía.

A casa de este tal personaje condujo a los jueces el anciano de lengua barba, y señalándoles la puerta, dijo a éstos:

—Subid, y si buscáis bien, encontraréis la verdad.

—¿Aquí? —preguntaron, asombrados. — ¡Imposible! —dijeron después de un momento.

—Aquí es donde habéis de buscar—replicóles—y arriba os aguarda mucha sorpresa.

Subieron, más bien intimidados por el aspecto del anciano que convencidos, y con sorpresa notaron que todas las puertas se abrieron silenciosamente a su paso, es decir, las puertas que debían abrirse, porque las otras permanecían cerradas, aunque se empeñasen en llamar a ellas; y, ¡cosa extraña! cuando llamaban a una de las puertas que no se abrían, sus golpes no sonaban: eran como golpes dados en el aire. Así llegaron hasta una habitación cuyas ventanas estaban tapiadas por dentro con





ladrillos, sus paredes estaban forradas de hierro, y en la que sólo había una inmensa caja de caudales, cuyas puertas estaban abiertas, viéndose allí apilado mucho oro, muchos billetes y muchos papeles cuidadosamente amarrados; en el centro de la habitación había una gran mesa, y sobre ella, entre montones de dinero, un cuchillo enorme manchado de sangre, una escopeta de dos cañones y un saco lleno aún y manchado también de sangre como el cuchillo. Aquí y allí había esparcidos por el suelo algunas prendas y algunos objetos de diferentes usos. Tras de la mesa, y reconociendo algunas alhajas, estaba el dueño de la casa, tan abstraído, que apenas se dió cuenta de la presencia de los magistrados. Entraron éstos, y con gran sorpresa comenzaron a reconocer todos los objetos de oro y plata que había sobre la mesa: «Este reloj era del tío Alfaro, muerto a puñaladas en el camino del bosque; aquella sortija era la del secretario, que apareció asesinado a la entrada de aquí; aquellas alhajas eran las robadas en una granja por unos bandidos, los cuales, para lograr su objeto, mataron a los dueños y pusieron fuego a la finca; aquel saco lleno de sangre era el del último robado cerca de la choza del tío Juan y de Andrea.»

Admirados estaban y perplejos, sin saber





Admirados estaban.



qué hacer, cuando oyeron a su espalda una voz que les decía:

—¡Cumplid vuestro deber!

Volviéronse asombrados, y, con sorpresa, no vieron a nadie. Adelantóse entonces uno de ellos, y poniendo el bastón sobre la mesa, dijo:

—¡Os prendo en nombre de la ley!

Aquel malvado se levantó haciendo gestos de horror; lanzóse como un loco a cerrar la caja; luego, viendo que le era imposible, a esconder lo que había sobre la mesa; ora acudía al suelo a esconder los trapos por él esparcidos, ora volvía de nuevo a la caja, con los ojos desencajados, tembloroso y jadeante.

—Lo sabía; sabía que me había de suceder una desgracia; ¡la maldita chiquilla, la maldita chiquilla!...

Llevaronle a la cárcel, en donde confesó sus crímenes. Entre los papeles encontraron pruebas de los infames despojos hechos a infinidad de huérfanos; y como aquel malvado lo tenía todo muy ordenado, les fueron devueltos sus bienes a los pobres despojados, entre los cuales figuraba María de los Ángeles.

* * *

Juan y Andrea volvieron a su choza, una vez puestos en libertad, en donde encontraron todo más limpio y aseado que cuando ellos estaban. Salieron de la cárcel al obscurecer para





evitarse la vergüenza de que los vieran; y como estaban deseosos de descanso, después de comerse una bien dispuesta cena que les tenía preparada María de los Ángeles, fuéronse a dormir.

Al verlos tan conformes con su situación, tuvo la *Hermanita de los pobres* el remordimiento de haber ido tan lejos a hacer el bien, teniendo tan cerca donde hacerlo.

La cariñosa pequeñuela tenía compasión para todos los sufrimientos; en cada pobre veía un desgraciado, sin pensar si era bueno o malo. No distinguía entre lágrimas, y pensaba que su misión no era la de repartir castigos y recompensas, sino enjugar el llanto.

Dado su modo de razonar de los diez años, no tenía gran idea de la justicia, y era toda caridad, toda limosna.

Al socorrer a los que creía condenados al infierno, tenía para ellos no menos piedad que para las almas destinadas al purgatorio, y cuando un día la dijeron que cierto pobre no merecía el pan que le daban, no comprendió lo que la decían, pues creía que era bastante título el tener hambre para tener derecho al sustento.

A fin de reparar en el acto su olvido, María de los Ángeles volvió a coger su saquito y se apresuró a ir a comprar, con su nueva y





reluciente plata, una tierra que lindaba con la cabaña de sus tíos.

Compró también un par de bueyes blancos y rojos, de pelo lustroso como la seda, sin olvidarse del correspondiente arado, y dos hermosas yuntas de mulas. En seguida tomó un mozo de labor que se encargase de conducir todo aquello hasta el campo, junto a la puerta de la casucha. Además adquirió en el pueblo provisiones de todo género, pellejos de vino, leña de cepas secas que ardía perfectamente, harina de flor, salazones y legumbres secas.

Alquiló tres carretas y con ellas fué de tienda en tienda cargándolas con todos los objetos que juzgó necesarios, siendo maravilloso ver cómo distribuía el dinero de Dios no comprando cosas inútiles, como podría esperarse de una chicuela de su edad, sino sólidos muebles, piezas de tela, calderas de cobre y todo cuanto pudiera anhelar en sueños una cocinera de treinta años.

Llenas ya las tres carretas, las hizo ir a reunirse con los bueyes, las yuntas y el carro; pero entonces comprendió que la casucha de sus tíos era muy pequeña, miserable, insuficiente para encerrar tanta riqueza, y tuvo el disgusto de no poder comprar una granja, no porque la faltase dinero, sino porque no había ninguna bastante capaz en aquella parte de la comarca. Entonces se decidió a llamar a los





albañiles y hacerles construir una gran vivienda sobre el emplazamiento de la anterior; pero como tenía prisa, se limitó a verter sobre el suelo algunos montones de monedas delante de las carretas, calculando lo suficiente para los gastos de la edificación.

Juan y Andrea dormían aún sin haber oído ni las ruedas de las carretas ni la tralla del gañán, y entonces la *Hermanita de los pobres* se aproximó a la puerta, dibujándose en sus labios una sonrisa, pues también tenía a veces la travesura del bien. Se había dado prisa, en parte por malicia, pues tenía empeño en hacerlo todo antes de que despertase su familia.

Entonces dirigió una última ojeada a sus compras, y se puso a gritar, palmoteando con todas sus fuerzas:

—¡Tío Juan! ¡Tía Andrea!

Y como los dos viejos no respondieran, dió puñetazos en las tablas mal unidas de aquella especie de palomar, repitiendo muchas veces y todavía más alto:

—¡Tío Juan, tía Andrea, abran ustedes en seguida, que la fortuna pide permiso para entrar en casa!

Al fin la oyeron, dormidos, sus tíos, y llenos de mal humor, saltaron a escape de la cama. Aun gritaba la niña, cuando aparecieron en el umbral frotándose los ojos para ver mejor, y medio dormidos saltaron de alegría





En las tablas mal unidas.



al ver tantos objetos, y se llenaron de admiración al contemplar los montones de monedas, altos como haces de heno, las tres carretas repletas, los calderos y los muebles de nogal destacándose sobre la nieve, mientras los bueyes resoplaban con fuerza, saliendo de su nariz el aliento en humaradas, y la reja del arado parecía de plata al reflejo de los primeros rayos del sol.

El mozo de labor se adelantó y dijo a Juan:

—Amo, ¿adónde quiere usted que lleve las yuntas? No es todavía tiempo de empezar la labor; pero esté usted descuidado, pues la tierra está sembrada y habrá una abundante cosecha.

Mientras tanto, los carreteros se habían aproximado a Andrea.

—Buena señora—la dijeron—, aquí tiene usted sus mulas y sus provisiones de invierno. Dígame usted en seguida dónde descargaremos nuestras carretas; se necesita más de un día para colocar tantas riquezas en su sitio.

Los dos viejos, con la boca abierta, no sabían qué responder, y miraban tímidamente aquellos bienes desconocidos aún para ellos, sin quitar ojo a los montones de monedas que tantos disgustos les habían causado en los meses anteriores. María de los Ángeles, escondida en un rincón, contemplaba la ridícula figura de sus tíos, sin desearles otra ven-





ganza por el poco cariño que la habían demostrado en los días de infortunio. La pobre niña no había reído tanto en su vida.

Por último, viendo que iban a meterse en la casa y cerrar la puerta y la ventana, se presentó la niña.

—Amigos—dijo al mozo y los carreteros—, meted eso en la casa; no tengáis cuidado por llenar las habitaciones hasta el techo; no os preocupéis del poco espacio, pues he comprado tantas cosas, que se necesita una quinta; pero ahí está el dinero para los albáñiles.

Y dijo esto con objeto de que la oyeran sus tíos, pues creía con razón que debían comprender que ella era la hada a quien debían aquellos regalos.

Entonces sus tíos abrazaron llorando a María de los Ángeles, sintiendo que aquel abrazo y aquellas lágrimas de arrepentimiento desahogaban sus corazones.

Un año después, Juan y Andrea eran los más ricos labradores del país; poseían una hermosa granja nueva; sus campos se extendían a muchos kilómetros, tanto, que no bastaba a encerrarlos un solo horizonte. No tiene nada de particular que un pobre se haga rico, y, por tanto, nadie se asombró de aquel cambio,





Abrazaron a María de los Ángeles.



con tanta más razón, cuanto que a María de los Ángeles le fué devuelta su antigua fortuna, que era una de las más saneadas del país; pero cuando vieron que aquel matrimonio se hizo bueno, muchos no lo creían, y, sin embargo, era cierto que los tíos, no sufriendo ya hambre ni frío, volvieron a recobrar su antiguo y buen corazón, y como tanto habían sufrido, comprendieron las miserias del prójimo y las remediaron sin egoísmos ni avaricias.

Las lágrimas y las grandes miserias son, por regla general, buenas consejeras, y los pobres viejos no desearon ya, como antes, ni el vino ni el lujo, no siendo ajena a aquella transformación la secreta virtud de aquellas monedas.

Juan y Andrea mimaban sin cesar a la niña, la evitaban toda clase de fatigas y hasta el más pequeño trabajo. *

—Ocúpate sólo de tu tocado—la decían—no de lo demás; eso déjalo para nosotros.

Pero aquella niña, trabajadora e infatigable, no hacía caso, porque se hubiera muerto de tristeza si no hubiera tenido otra ocupación que ver correr las nubes.

—Déjenme ustedes trabajar—respondió a sus tíos—; estoy abrigada, bien mantenida; prefiero hacer algo útil a estar delante del espejo horas y horas.

Decía esto con tal sensatez y firmeza, que Juan y Andrea, comprendiendo que tenía razón,





no contrariaban su gusto. Levantábase a las cinco de la mañana para encargarse de los cuidados domésticos, no para barrer y fregar, como en sus días de desgracia, puesto que no tenía fuerzas suficientes por sí sola para limpiar una casa tan grande, pero sí para vigilar a los criados y ayudarles, sin el menor disgusto, en sus faenas de hacer manteca y cuidar el jardín y el corral. Era la muchacha más activa y más rica de la comarca, y todos se admiraban de que no hubiera cambiado al variar de posición, sino, por el contrario, tenía más sonrosadas las mejillas y más dulzura para con sus inferiores.

—¡Oh, miseria!—decía muchas veces—, tú me has enseñado a ser rica.

Hacía el bien sin descanso, daba todo el dinero que fabricaba la medalla milagrosa; tenía su casa llena de pobres, dándoles todo aquello que les hacía falta.

Todo cuanto ella tocaba convertíase en bueno si era malo, en rico si era pobre; los sembrados de sus tierras producían siempre abundantísimas cosechas que se repartían entre los desdichados, y hasta tal punto llegó la abundancia de dinero y de granos, que comenzó a ser para ella una carga pesada la medalla de la Virgen; pues fue la Virgen la que, convertida en mendiga, dióle aquella moneda tan fea y que tantos milagros había obrado.





Guardó un día la moneda, colgándola de su seno, y fuese a la iglesia, donde entró a rezar una Salve.

Para ello se dirigió a una capillita que prefería por su sombra y su silencio; los vidrios de hermosos colores iluminaban siempre las lomas con débiles reflejos, pero aquel día parecía que en la capilla se celebraba alguna fiesta, pues un rayo de sol perdido después de atravesar la nave daba de lleno en el humilde altar e iluminaba entre sus tinieblas el marco dorado de un cuadro antiguo.

María de los Ángeles, arrodillada sobre las piedras, distrájose un momento en contemplar aquella despedida del sol acariciando el marco que no había visto hasta entonces. Después, inclinando su cabeza, empezó su oración, en la cual suplicaba al Eterno que la enviase un ángel que se encargara de la moneda que a ella le parecía tan abrumadora por las responsabilidades que imponía.

Terminada su plegaria levantó la frente. El rayo de sol, subiendo lentamente, no daba ya en el marco, sino en el lienzo pintado, produciendo la ilusión de una luz viva saliendo de la sagrada imagen.

Hubiérase dicho que algún querubín había levantado alguna punta del velo que cubre la gloria, y en él aparecía, en todo el esplendor





de su hermosura angelical, la Virgen María, en cuyo seno dormía sonriente el Niño Jesús.

María de los Ángeles miró con embeleso, intentando recordar aquella fisonomía, que creyó haber visto en sueños; pero la Virgen y el Niño, reconociéndola al mismo tiempo y sonriéndola con dulzura, salieron del lienzo y descendieron a su lado.

—Soy—díjole la Virgen—la santa mendiga de los cielos; los pobres de la tierra me ofrecen sus lágrimas, y yo tiendo mi mano a cada infeliz; para consolarle, transporto al cielo sus sufrimientos, y ellos son los que, amarrados entre sí de siglo en siglo, formarán el día del juicio los tesoros de felicidad de los elegidos.

Voy por el mundo pobremente vestida, como conviene a una pobre hija del pueblo, consolando a los indigentes y salvando a los ricos que ejercen la sublime virtud de la caridad.

Te vi una noche, buena niña, y reconocí en ti la que buscaba.

Me he impuesto la misión de buscar en la tierra los seres más parecidos a los Ángeles, para confiarles una parte de mi misión; para eso, poseo monedas divinas que tienen la inteligencia del bien y prestan una magia poderosa a las manos puras que las poseen.

Niña, mi Jesús te sonríe porque está contento de ti. Has sido la mendiga de los cielos, porque habiéndote entregado muchos su alma,





Descendieron a su lado.





conducirás gran cortejo de pobres al paraíso. Ahora devuélveme la moneda que tanto te pesa; sólo los querubines tienen la fuerza necesaria para soportar eternamente el peso del bien sobre sus alas. Sé humilde, sé feliz y persevera en el amor y la caridad hacia tus semejantes.

María de los Ángeles, al escuchar la palabra divina, quedóse muda, extática, con los ojos desmesuradamente abiertos, reflejando en ellos el éxtasis de aquella sublime visión. Permaneció largo rato inmóvil, y como el rayo de sol seguía subiendo, le pareció que las puertas del cielo se cerraban poco a poco, mientras la Virgen, habiendo cogido la cinta que pendía del cuello de la niña, desaparecía en la sombra.

La mirada del Niño brillaba aún con fulgor extraño, y al fin sólo se vió la parte alta del marco dorado, brillando débilmente por los últimos rayos del sol, que empezaba ya a ocultarse bajo el horizonte.

Para convencerse de que no era ilusión, llevóse la mano al cuello, y al encontrarse sin la moneda, persignóse y se alejó de la casa de Dios.

Así pudo vivir en adelante ajena a cuidados, hasta el día en que el ángel que ardientemente esperaba desde su niñez la condujo al lado de sus padres, que la reclamaban desde el paraíso.





Se alejó de la casa de Dios





Desde allí abrevió con sus oraciones los sufrimientos de Juan y Andrea, que habían sido condenados al purgatorio, los cuales, una vez purificados por los tormentos, subieron al cielo.

Hasta más de un siglo después de la muerte de la *Hermanita de los pobres* no se encontró un solo mendigo en la comarca, no porque se hallasen en los armarios que dejó montones de plata y oro, sino porque siempre se encuentra por algún rincón alguna que otra medalla suelta de la Virgen, en las honradas manos de los hombres trabajadores y de los humildes de espíritu.





EL NIÑO JUEZ

HABÍA en una ciudad de la Arabia un comerciante llamado Balandrán, que, si bien no era de los más ricos, tampoco formaba parte de los de la última clase. Vivía en su casa propia solo, pues era soltero. En la época en que pasaba su vida satisfecho con lo que le producían sus negocios, tuvo durante tres noches consecutivas un sueño en el que se le aparecía un anciano venerable que, reprendiéndole severamente, le increpaba porque no había hecho aún su romería a la Meca.

Este sueño dejó confuso a Balandrán. Como buen musulmán, sabía que estaba obligado a hacer esta peregrinación; pero como para hacerla había de abandonar su casa y tienda, se figuraba que este era motivo poderoso y suficiente para excusarse de tal obligación. Entre tanto, se esforzaba en hacer obras de caridad; pero desde que tuvo aquel sueño, su conciencia no le dejaba tranquilo, y al fin decidió hacer su peregrinación en aquel mismo año.





Comenzó por vender sus muebles, traspasar su tienda con los géneros que contenía, exceptuando aquellos que podían ser vendidos en la Meca, y arrendar su casa a otro comerciante. Arregladas así las cosas, se dispuso a partir, procurando antes poner en parte segura mil piezas de oro que había reunido y que le hubieran embarazado en su peregrinación. Separó el dinero que creyó necesario para los gastos del viaje, y escogió un barril a propósito para lo que se proponía hacer; metió en él las mil piezas de oro, concluyéndole de llenar con aceitunas, y después de tapar bien la boca, lo llevó a la casa de otro comerciante amigo, y le dijo:

—No ignoráis que debo partir para hacer mi peregrinación a la Meca, y necesito me hagáis el favor de guardarme este barril de aceitunas y me lo conservéis hasta mi vuelta.

El comerciante le contestó:

—Tomad las llaves de mi almacén, y poned el barril donde más os plazca, que allí le hallaréis a la vuelta.

Llegó Balandrán a la Meca con toda felicidad, visitó con los demás peregrinos el templo, y cuando hubo cumplido todos sus deberes y prácticas religiosas, expuso al público, según la costumbre de la época, y a las puertas del templo, los géneros que llevaba para vender o cambiar.





Metió en él las mil piezas de oro.





Dos comerciantes que los vieron los encontraron tan hermosos, que se detuvieron para contemplarlos, y luego uno de ellos dijo al otro al tiempo que se retiraban:

—Si el comerciante supiera lo que podía ganar en el Cairo con esos géneros, los llevaría allá antes que venderlos aquí, donde les sacará poca utilidad.

Escuchó Balandrán esta conversación; había oído referir mil veces las maravillas del Egipto, y resolvió aprovechar esta ocasión.

Después de empaquetar sus géneros, tomó el camino de Egipto. Cuando llegó al Cairo no se arrepintió de su resolución, porque le sañeron tan bien los negocios, que a los pocos días había vendido todos sus géneros con mayor beneficio del que se había prometido. Compró luego otros con el designio de pasar a Damasco; y esperando otra caravana que debía de partir pocos días después, visitó todas las cosas notables que hay en el Cairo, fue a admirar las pirámides y remontó el Nilo hasta cierta distancia, recorriendo las ciudades más célebres situadas en las orillas.

Con objeto de dirigirse a su patria, fue a Alepo, pasó el Éufrates y tomó el camino de Musul; pero cediendo a las instancias de otros comerciantes amigos con quienes había trabajado amistad, fue con ellos a Schiraz, visitando antes ininidad de poblaciones de la India.





En este viaje invirtió cerca de siete años, al cabo de los cuales emprendió al fin la vuelta a su patria.

El comerciante a quien había confiado Balandrán su barril con las mil piezas de oro y aceitunas ya no se acordaba de él ni de su dueño; pero una noche, mientras cenaba, recayó la conversación sobre las aceitunas, y su mujer manifestó deseos de comerlas.

—Ahora que hablas de aceitunas—dijo el marido—: cuando Balandrán se fué a la Meca me dejó un barril para que lo guardase; pero, ¿quién sabe dónde ha ido desde que partió? Habrá muerto, pues ya tenía tiempo de volver en siete años; por consiguiente, podemos comernos las aceitunas si es que están buenas. Dame un plato, iré por ellas y las probaremos.

—Guárdate—dijo la mujer—de cometer una acción tan fea; sabes que no hay cosa más sagrada que un depósito: es verdad que hace siete años que Balandrán se fué a la Meca, y no ha vuelto; pero luego has sabido que había ido a Egipto; puede venir mañana u otro día, y ¡qué vergüenza no sería para ti y para todos nosotros si volviese y no encontrara el barril tal como te lo confió!

A pesar de lo razonable de estos consejos, el marido no se dignó escucharlos; se levantó, tomó una luz y un plato y se fue al almacén. Tomó el barril, lo descubió, removi6 las aceitu-





nas que estaban podridas, y para asegurarse si las de abajo también lo estaban, las volcó en el plato, y al empuje que hizo cayeron algunas monedas de oro.

El comerciante, así que vio las piezas de oro, miró a la parte de adentro del barril, y echó de ver que casi todo eran monedas de oro. Volvió a meter las aceitunas, y tapando de nuevo el barril, salió del almacén y fue donde estaba su familia, diciendo:

—Tenías razón; las aceitunas están podridas, y he vuelto a tapar el barril, de modo que Balandrán no lo conocerá.

—¡Dios quiera que no lo tengas que sentir!—contestó la mujer.

Al día siguiente, el comerciante se levantó muy temprano, compró aceitunas frescas, fue a su casa, vació el barril, guardó el oro, volvió a llenar aquél con las aceitunas que había comprado, lo tapó como antes estaba y lo puso de nuevo en el mismo sitio.

Poco tiempo después volvió Balandrán de su viaje. Como había alquilado su casa, fue a parar a un mesón, donde pensaba vivir hasta que su inquilino encontrara casa para mudarse.

Al día siguiente de su llegada fue a ver al comerciante, que lo recibió con los brazos abiertos, manifestando mucha alegría por su vuelta.

Después de esto, Balandrán le pidió tuvie-





Casi todo era oro





se la bondad de volverle el barril que le había confiado.

—Mi querido amigo—le contestó—, tomad la l'ave del almacén; lo encontraréis en el mismo sitio en que lo dejasteis.

Balandrán bajó al almacén y tomó su barril, y después de devolverle la llave, se volvió al mesón. Destapó allí el barril, y metiendo la mano hasta la parte en que debían de estar las mil piezas de oro que había escondido, se quedó sorprendido de no encontrarlas. No podía creerlo, y para desengañarse más pronto tomó algunos cacharros y vertió en ellos todo el barril de aceitunas, sin encontrar ni una sola moneda de oro; se quedó asombrado, y levantando las manos y mirando al cielo, exclamó:

—¡Cómo! ¡Un hombre a quien tenía por mi mayor amigo me ha hecho tan grande felonía!

Balandrán, apesadumbrado por el temor de haber experimentado una pérdida tan grande, volvió a casa del comerciante, y le dijo:

—Amigo mío, debo deciros que el barril que he tomado de vuestro almacén es el mismo que yo dejé; pero con las aceitunas había metido en él mil piezas de oro, y ahora no las encuentro. ¿Las necesitasteis para algún negocio y las habéis gastado? Si así es, obrasteis muy bien, y sólo os pido que me deis un recibo; ya me pagaréis cuando os venga bien.





El comerciante esperaba que Balandrán le había de hacer semejante reclamación y, por tanto, había meditado lo que debía contestarle; se excusó en estos términos:

—Amigo mío, cuando me confiasteis el barril de aceitunas, ¿lo toqué siquiera? ¿No lo habéis encontrado en el mismo estado en que lo dejasteis? Si hubieseis metido oro dentro, allí lo hubiérais hallado. Me dijisteis que eran aceitunas, y yo lo creí; es cuanto puedo deciros; yo no las he tocado.

—No quiero que regañemos—contestó Balandrán—y me sabría mal tener que tomar medidas que os harían muy poco favor, y de las que me serviría con hartó sentimiento mío.

—¡Confesais que trajisteis a mi casa un barril de aceitunas y que es el mismo que os habéis llevado, y ahora venís a pedirme mil piezas de oro! Retiraos y no deis lugar a que se paren las gentes delante de mi tienda.

Algunos se habían quedado ya parados, y las últimas expresiones del comerciante, pronunciadas con violencia, hicieron que las gentes se detuvieron ante la tienda y que los comerciantes vecinos salieran de sus casas para enterarse de la disputa y tratar de que hiciesen las paces; cuando Balandrán les expuso el motivo de su disputa, el comerciante contestaba que él había guardado el barril en su almacén, pero que no lo había tocado, jurando





que si sabía que contenía aceitunas, era porque Balandrán se lo había dicho.

—Vos mismo labráis vuestra desgracia—contestó Balandrán cogiendo al comerciante por el brazo—, y puesto que persistís en vuestra obstinación, veremos si tenéis la desvergüenza de decir lo mismo ante el juez.

—Vamos allá—le contestó el comerciante—; veremos quién lleva la razón.

Presentáronse ante el magistrado ambos contendientes, exponiendo cada uno sus razones, y como no había otras pruebas que las palabras de uno y otro, el juez hizo jurar al comerciante, y cuando éste lo hubo hecho, le dio la razón y lo dejó ir.

Protestó contra esta sentencia Balandrán, y acudió con su queja al Rey, que lo escuchó detenidamente y le citó para el día siguiente.

Aquella misma noche, el Rey, su primer ministro y el jefe de la guardia real, todos tres disfrazados, salieron a dar una vuelta por la ciudad, como acostumbraban a hacerlo de cuando en cuando. Al pasar por una calle, sintió el Rey ruido; apretó el paso y llegó a una puerta por la que se entraba a un patio en el que jugaban a la claridad de la luna diez o doce muchachos, que aun no se habían recogido.

Deseoso de saber cuál era su juego, se sentó en un banco de piedra que estaba al lado de la





Se sentó en un banco de piedra.



puerta, y oyó que uno de los chicos, el más despejado de todos, dijo:

—Juguemos. Yo soy el juez; traedme a Balandrán y al comerciante que le ha robado mil piezas de oro.

Al oír las palabras del chiquillo, el Rey se acordó de la súplica que le habían presentado en aquel mismo día, y esto hizo que redoblase su atención para saber en qué vendría a parar aquel juicio.

Cuando le presentaron los dos chicos que hacían de Balandrán y comerciante, el fingido juez tomó la palabra y preguntó con gravedad al primero:

—Balandrán, ¿qué tenéis que exponer contra este comerciante que está presente?

El fingido Balandrán, después de hacer una profunda reverencia, informó al que hacía de juez del hecho punto por punto.

Después de haber escuchado al que hacía de Balandrán, se dirigió al fingido comerciante y le preguntó por qué no le devolvía la suma que le pedía.

El fingido comerciante expuso las razones que había alegado el verdadero, y pidió afirmar por medio de juramento que lo que decía era cierto.

—No nos precipitemos tanto—replicó el juez—; antes que lleguemos al caso de prestar





juramento, quisiera ver el barril de aceitunas. Balandrán, ¿habéis traído el barril?

Y como aquél contestase que no, replicó:

—Id por él.

El fingido Balandrán desapareció por un momento, y cuando volvió, hizo como que ponía un barril delante del falso juez, diciendo que era el mismo que había depositado en poder del acusado y retirado de su casa. Entonces el chico preguntó al que hacía el papel del comerciante si lo reconocía; y como éste manifestó que no podía negarlo, mandó que lo destapasen.

—He aquí—dijo—unas aceitunas hermosas; voy a probarlas.

Aparentó como que cogía una y la comía, y añadió:

—Son excelentes. Pero—continuó el fingido juez—se me figura que las aceitunas guardadas por espacio de siete años no deben ser tan buenas. Que se presenten dos tratantes de aceitunas y las reconozcan.

Se presentaron dos muchachos.

—¿Sois tratantes en aceitunas?—les preguntó el fingido juez.

Y como le contestasen que éste era su oficio, les replicó:

—¿Cuánto tiempo pueden conservarse las aceitunas en disposición de poder comerse,





cuando están acomodadas por personas que entienden de esto?

—Señor—dijeron los fingidos aceituneros—, por mucho trabajo que se tome en conservarlas, no valen nada al tercer año, porque no tienen sabor ni color.

—Ved este barril, y decidme cuánto tiempo tienen las que están dentro.

Los aceituneros hicieron como que examinaban y probaban las aceitunas, y dijeron al juez que eran recientes y buenas.

—Os equivocáis—replicó—: ahí tenéis a Balandrán, que declara haberlas metido en el barril hace siete años.

—Señor—repusieron los fingidos tratantes—, lo que podemos asegurar es que las aceitunas son de este año, y sostendremos que entre todos los tratantes de Bagdad no se encuentra uno tan sólo que no diga lo mismo.

El fingido comerciante, acusado por Balandrán, intentó oponerse a lo que declaraban los peritos; pero el juez no le dio lugar, y dijo:

—¡Que se le ahorque!

Los muchachos dieron por terminado su juego, dando palmadas de alegría y empujando al supuesto criminal como para llevarlo al suplicio.

Una vez acabado el juego, el Rey dijo al ministro:

—Mañana harás que este chico me sea pre-





sentado a la hora en que se ha de ver el asunto de Balandrán; harás que comparezca también el juez que declaró inocente al comerciante, y ordenarás a Balandrán que lleve consigo el barril de aceitunas y dos peritos aceituneros.

Al día siguiente, el ministro fue por el muchacho y le presentó al Rey a la hora misma en que estaban citados Balandrán y el comerciante.

El Rey, que vio al niño un poco cortado, trató de prepararle para lo que se prometía de él, diciéndole:

—Acércate, niño. ¿Eres tú el que juzgó ayer la demanda de Balandrán contra el comerciante que le ha robado su oro? Te he visto, escuchado y me has gustado infinito.

El niño no se sobresaltó, y con la mayor modestia le contestó que sí.

—Hijo mío—replicó el Rey—, yo trato de que veas hoy al verdadero Balandrán y su contrario; ven y siéntate a mi lado.

Entonces el Rey tomó al niño de la mano, y, ayudándole a subir al trono, le sentó a su lado, y en seguida mandó que entrasen los contendientes. Llegaron ambos y luego que tocaron con la frente la alfombra que cubría el trono y hubieron cumplido las demás ceremonias rituales, les dijo el Rey:

—Exponed cada uno vuestras razones; este niño que está aquí os escuchará y hará jus-





ticia; y si en alguna cosa faltare, yo la supliré.

Balandrán y el comerciante hablaron por su turno, y cuando llegó el caso de pedir que se le recibiese juramento, el niño contestó que aun no era tiempo, y que antes era preciso ver el barril.

Balandrán, poniéndolo a los pies del Rey, lo descubrió. Éste tomó una aceituna para probarla, e inmediatamente fueron llamados los peritos para que examinasen el contenido del barril. Unánimemente afirmaron que las aceitunas eran de aquel mismo año.

El niño les dijo que Balandrán aseguraba las había metido hacía ya siete años, a lo que los verdaderos peritos contestaron lo mismo que los muchachos que habían hecho su papel.

Cuando el comerciante acusado vió que los peritos acababan de pronunciar su sentencia, trató de alegar alguna cosa para justificarse; pero el niño, mirando al Rey, habló en estos términos:

—Señor, esto no es un juego, y el condenar a un hombre es cosa muy seria, que toca a Vuestra Majestad y no a mí, que si lo hice ayer fue por divertirme.

El Rey, convencido de la mala fe del comerciante, lo entregó a los ministros de la justicia para que lo llevasen a presidio, mandan-





do que las mil piezas de oro fueran devueltas a Balandrán.

Por último, el monarca, después de haber amonestado al juez que había sentenciado el primer juicio, y que estaba presente, haciéndole ver que un niño le había dado una lección de prudencia y perspicacia, abrazó al inteligente muchacho, le entregó una gran cantidad en monedas de oro, y le hizo entrar en el colegio real con objeto de que estudiase la leyes del país, para que cuando fuese mayor pudiera desempeñar un cargo importante que le prometió para cuando tuviera la edad.

El sentimiento de la justicia no es exclusivo de profesiones determinadas ni de edades precisas.





EL ANCIANO SOLITARIO

EN una pequeña ciudad existía una casa muy antigua, que tenía al menos trescientos años, a juzgar por la inscripción que tenía grabada sobre una viga, en medio de una guirnalda de tulipanes. Sobre la puerta se leían algunos versos escritos con antigua ortografía, y encima de cada ventana había talladas unas caras muy feas, en actitud de hacer gestos; de la boca de cada figura salía una guirnalda, que iba a parar a la boca de otra. Un piso se adelantaba sobre el otro, según la costumbre de los pasados siglos, y sobre el techo se extendía un canalón, terminado por una cabeza de serpiente. La lluvia habría debido deslizarse por el canal y caer a la calle por esta cabeza; pero caía por el vientre, porque el canalón tenía una grieta en medio.

Las demás casas de la calle eran nuevas



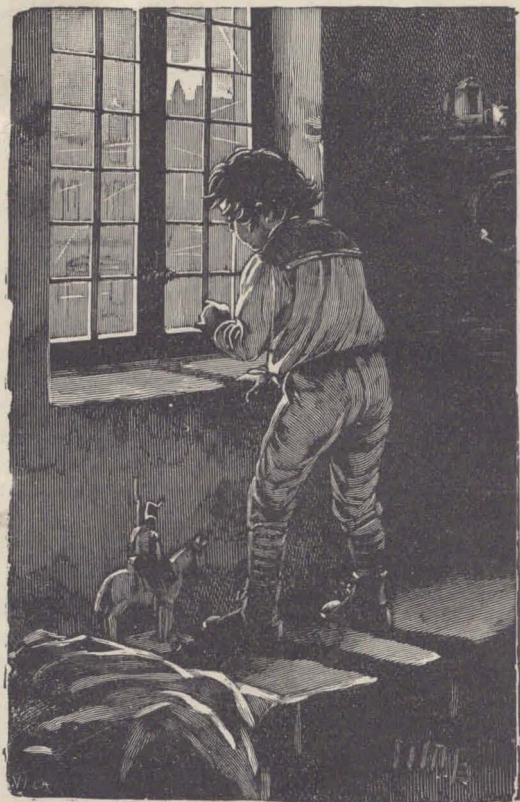


y adornadas con grandes baldosas y paredes blancas, de modo que aquella casa vieja lo parecía mucho más al lado de las otras.

—¿Cuánto tiempo estará aún aquí esta vieja casucha?—parecían decir las otras casas.—Nos quita, con ese ridículo sistema de pisos salientes, la vista por todos lados. Su escalera es tan ancha como la de un castillo, y tan alta como si condujese a la torre de una iglesia. La puerta es muy grande y está construída de hierro macizo, de modo que parece la de un antiguo sepulcro, con sus botones de cobre. ¡Vaya una casucha! ¡Fuera de aquí! ¡Nos estorba con su facha anticuada!

En una de las casas nuevas, frente a frente de la antigua, estaba asomado a la ventana un niño de cabellos rubios, frescas y sonrosadas mejillas y ojos brillantes. Aquel niño pensaba de distinto modo, pues le gustaba la casa antigua mucho, lo mismo a la claridad del sol que a la de la luna. Pasaba largos ratos copiando aquellas cabezas en que estaban impresas tan feas muecas, los adornos que figuraban soldados armados con alabardas y los canalones que imitaban dragones y serpientes. En la casa vieja había un solo inquilino, que era un hombre ya de edad, que vestía calzón corto, levita con grandes botones dorados y una alta y majestuosa peluca. Nunca recibía visitas ni hablaba con nadie, exceptuando a un





Estaba asomado a la ventana.





criado viejo que todas las mañanas venía a arreglarle la habitación y a hacer los encargos que necesitaba. Algunas veces miraba el venerable viejo por la ventana, y entonces el niño le hacía un amistoso saludo con la cabeza; el anciano le respondía cariñosamente, y de aquí resultó que se hicieron amigos sin haberse hablado nunca.

Algunas veces decían los padres del niño:

—El viejecito de enfrente parece que está muy a su gusto; pero en su interior debe sufrir al verse siempre tan solo.

Pensando en esto el niño, un domingo, después de haber envuelto un juguete en un pedazo de papel, bajó a la calle y dijo a su criado:

—Escucha: si quieres llevar esto al señor que vive enfrente, te lo agradeceré en el alma. Tengo para jugar dos soldados de plomo, y quiero regalarle uno para que no esté siempre solo.

El criado ejecutó con gusto aquel extraño encargo, y llevó el soldado de plomo al señor que habitaba en la casa vieja. El anciano, lejos de rehusar el juguete, le aceptó sonriendo y dijo al criado que tendría mucho gusto en recibir la visita del niño.

Este pidió permiso a sus papás para ver al viejecito, y como éstos le otorgasen con gusto la licencia, se dirigió allá muy satisfecho.





Dentro de la casa vieja reinaba profundo silencio, y había mucho orden en todas las habitaciones: en las paredes del corredor había antiguos retratos de caballeros con sus armaduras y de señoras vestidas con trajes de seda. Al final del corredor había un gran balcón, poco sólido en verdad, pues habría sido peligroso cargar en él mucho peso, pero todo adornado de verdor y con multitud de tiestos de flores a cual más hermosas.

El niño llegó en actitud modesta a la habitación donde estaba sentado el viejecito.

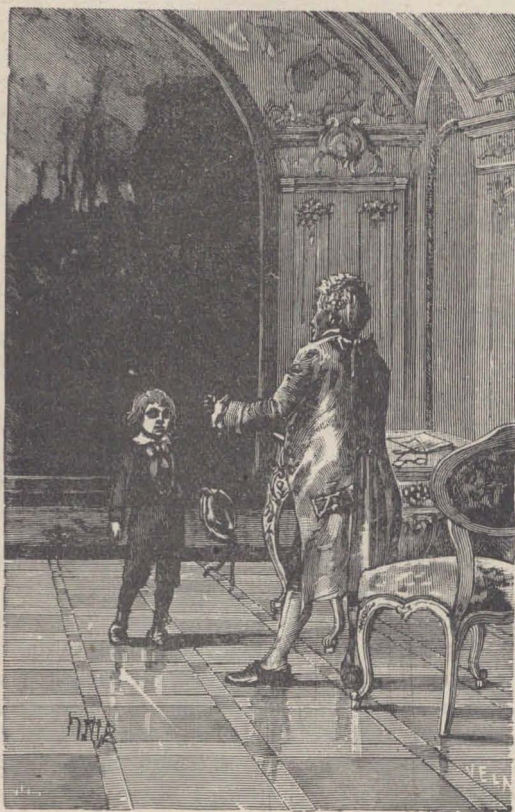
—Te agradezco mucho tu soldado de plomo, amiguito mío—dijo éste—, y te doy las gracias por tu amable visita.

—He sabido—contestó el niño—que estabas siempre solo, y por eso te he enviado uno de mis soldados de plomo para que tengas compañía.

—¡Oh!—repuso el viejo, sonriéndose—, no creas que estoy absolutamente solo; antiguos pensamientos y recuerdos de otras edades vienen de vez en cuando a distraer mi soledad, y ahora vienes tú también; de modo que ya ves que no tengo por qué quejarme.

Dichas estas palabras, cogió de una mesa un libro lleno de estampas, donde se veían magníficas procesiones, extrañas carrozas de las que ya no existen y una porción de soldados llevando lujosos uniformes. Además se





Llegó en actitud modesta.





veían gremios y corporaciones con sus banderas: en la bandera de los sastres había una tijera sostenida por dos leones; la de los zapateros estaba adornada con un águila que, según vio con sorpresa el niño, tenía dos cabezas. Esto le hizo pensar que los zapateros querían tenerlo todo doble para formar un par, como hacen con las botas.

Mientras el niño miraba las estampas, el viejecito fue a la habitación inmediata para buscar dulces, manzanas y nueces, porque en la casa vieja no faltaban golosinas.

—¡Vaya un cambio de posición! ¡A qué casa tan aburrida me traen!—dijo el soldadito de plomo, al que habían colocado sobre un baúl—. No sé cómo podré soportar esta existencia. ¡Qué triste es aquí todo! ¡Qué soledad! ¡Qué desgracia es encontrarse en semejante sitio, para el que está acostumbrado a vivir en una casa alegre! Aquí parecerá que el día no concluye nunca. ¡Qué contraste forma esto con la habitación en que tu padre y tu madre conversaban tan alegremente, y en que tú y tus hermanos armabais tanta bulla! Este viejo, en su soledad, nunca recibe caricias; no sabe reír, y se pasa, sin duda, sin nacimientos ni juguetes el día de Nochebuena. Esta casa parece un sepulcro; voy a pasar aquí la vida bostezando.

—No te quejes tanto—repuso el niño—, pues





esta casa no es tan fea como dices; a mí no me disgusta, y, además, bueno es que sepas que ese anciano recibe con frecuencia la visita de sus antiguos pensamientos, pues él también ha sido joven y niño.

—Es posible; pero por eso no hará más llevadera mi situación. ¡Nunca podré acostumbrarme a esta vida de cartujo!

—Sin embargo, es necesario que estés aquí con buena cara, pues por algo te he regalado.

El viejecito volvió con el rostro sonriente, y trajo dulces, manzanas y avellanas, de modo que el niño no se acordó más del pobre soldado de plomo.

Después de haber sido tan obsequiado, volvió el niño muy contento a su casa, y no dejó de saludar afectuosamente a su anciano amigo cada vez que lo veía asomado a la ventana.

Pasado algún tiempo, hizo una segunda visita a la casa vieja.

—Por Dios, vuelve a llevarme a tu casa—le dijo el soldado de plomo—. Yo no puedo resistir más; he llorado plomo y estoy aquí muy triste. Quisiera mejor ir a la guerra, aun exponiéndome a perder los brazos y las piernas de un balazo. Al menos así experimentaría emociones. No puedo más. Ya voy sabiendo lo que es la visita de los antiguos pensamientos; mis recuerdos han venido a verme, y en vez





de darme gusto me han llenado de tristeza. Me parecía veros en la casa de enfrente como si estuvierais aquí. Asistía a la oración de la mañana, a vuestras lecciones de música, y me parecía estar en medio de los demás juguetes. ¡Ah! Esto era una ilusión; mis antiguos pensamientos que me visitaban. Dime cómo está tu hermana, la niña María. Dame también noticias de mi amigo y compañero, el otro soldado de plomo; ¡ah! él tiene más suerte que yo. Yo no puedo más, no puedo más—añadió con voz tristísima.

—Nada puedo hacer por tí, pues no me perteneces ya—replicó el niño—, y no puedo volver a pedir lo que he regalado. Lleva, pues, con resignación tu suerte.

El anciano regaló al niño estampas y una antigua baraja de cartas enormes y doradas, para que se divirtiera jugando con ella. Después abrió su antiguo piano, tocó un minué y tarareó una canción antigua. Hacía muchos años que no estaba de tan buen humor.

—¡A la guerra, a la guerra!—gritó el soldado de plomo, entusiasmado al oír la canción. Y en un movimiento que quiso hacer, se cayó al suelo.

El viejo y el niño quisieron levantarlo; pero le buscaron en todas partes sin encontrarle; el soldado de plomo había caído en un agujero.





Pasó un mes y llegó el helado invierno; el niño echaba el aliento sobre las vidrieras para fundir el hielo y hacer con la punta del dedo un agujero para mirar. Por este medio podía ver la casa vieja de enfrente. La nieve cubría enteramente la escalera, las inscripciones y las esculturas. No se veía a nadie en el balcón, y, en efecto, no había nadie, pues el pobre viejecito acababa de morir solo, como había vivido.

Aquella misma tarde se detuvo un coche fúnebre a la puerta, para recibir el cuerpo del anciano, que había de ser enterrado en el campo. Nadie seguía este carruaje: el anciano carecía de familia, y sus amigos habían ido muriendo también. Sólo el niño envió con el extremo de sus dedos un beso al ataúd cuando se le llevaron, y sintió que dos lágrimas humedecían sus ojos. El alma del anciano debió regocijarse al ver que dejaba algún recuerdo en el mundo.

Transcurrió el tiempo, la casa vieja fue vendida, y el niño, desde su balcón, vio llevarse los retratos de los caballeros y de las castellanas, los tiestos de flores, los muebles de roble y el antiguo piano.

En la primavera siguiente fue derribada la casa.

—No es más que una casucha que disuena al lado de las otras—repetía todo el mundo.





Y al cabo de unas horas ya no se vio más que un montón de escombros, porque es más fácil destruir que edificar.

—¡Al fin! ¡Gracias a Dios! —dijeron las casas inmediatas, pavoneándose de orgullo.

Algunos años después, en el sitio que ocupaba la casa vieja se levantó una hermosa casa con un jardinito cercado por una verja de hierro; la habitaba un antiguo conocido nuestro: el niño amigo del viejo. Había crecido, se había casado y estaba sonriendo al ver en el jardín a su bella esposa plantar una flor.

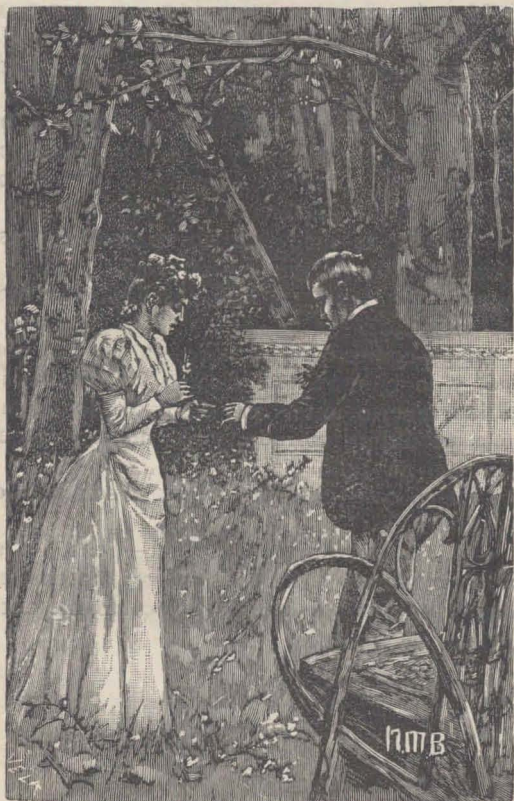
De pronto, la joven retiró la mano, dando un grito; una cosa puntiaguda la había picado en el dedo.

Creyó al pronto que era alguna avispa; pero no era otra cosa que el soldado de plomo, aquel mismo que el niño había regalado al viejecito. Arrojado de un lado para otro, confundido con las piedras y los escombros de la casa vieja, había concluido por quedar enterrado a flor de tierra en el jardín.

La hermosa joven limpió el soldado primero con una hoja verde, y después con su pañuelo, y se echó a reír al ver que era un soldadito de plomo.

—Déjame verle —dijo su marido, riendo—. ¡Oh! no, no es él. Pero me hace recordar





—Déjame verle.





la historia de otro soldadito de plomo que yo tenía cuando era pequeño.

Dicho esto, contó a su mujer la historia de la casa vieja, del anciano y del soldado de plomo que había regalado a este último para que tuviese compañía, y ella, que tenía muy buen corazón, sintió al escucharle que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Quién te dice que no es éste el mismo soldado?—dijo la mujer—; de todos modos, voy a guardarlo. Pero ¿podrás enseñarme la tumba del viejecito?

—No—contestó el marido—; ignoro dónde está, y lo ignoran todos como yo. Sus amigos habían muerto antes que él, nadie lo acompañó a su última morada, y yo no era entonces más que un niño.

—¡Qué cosa tan horrible es la soledad—dijo la joven.

—¡Cosa horrible, en efecto!—pensó el soldado de plomo—. Pero es mejor, sin embargo, estar solo que verse olvidado, como me sucedo a mí.





EL PODER DE LA FORTUNA

POR un camino estrecho y tortuoso caminaba un pobre hombre apoyándose en un palo como para sostenerse, ya que sin él quizá hubiera caído desfallecido de hambre antes de llegar a su casa, donde le esperaban su mujer y seis hijos creyendo que éste habría encontrado trabajo, y con él el pan y sustento que les faltaba.

En dirección contraria, y montadas en dos hermosos caballos, iban dos jóvenes casi de la misma edad; la una vestía toda de blanco, tenía los cabellos rubios, los ojos azules, los arreos del caballo eran de terciopelo y seda de color azul y sonrosado, de oro y plata los metales que sujetaban las distintas piezas del arnés; la otra estaba toda vestida de negro, negro era el color de su pelo y de sus ojos, y negros el caballo y los arreos.





Viendo venir hacia ellas al pobre hombre, refrenaron sus cabalgaduras, y dijo la última a la primera:

—Ya que siempre hago el mal, déjame una vez hacer el bien.

—Puedes intentarlo; pero te advierto que tu protección le será más fatal que tu encono.

—Veámoslo—dijo—, y siguieron andando.

Cuando llegaron junto a él interrogóle la joven que se empeñaba en protegerle.

—Oye, buen hombre, ¿tienes hijos?

—Seis, buena señora.

—¿Eres feliz?

—Feliz..., según se entienda... Lo soy si os referís al cariño y bondad de los seres que me pertenecen, si son buenos, si son laboriosos...; no lo soy si os dignáis referiros a la abundancia de medios con que cuento, pues respecto a este particular debo deciros que ayer no hemos comido y hoy espero que tampoco.

—Pues bien, quiero protegerte; toma esta onza y remedia por hoy tus necesidades; dentro de algunos días, el domingo que está próximo, te espero en este sitio y me dirás lo que te falta.

—Dios os lo premie, mis buenas señoras—dijo, y, arrojando el palo, corrió como un desesperado a su casa.

—¡Pobre—dijo la joven vestida de blanco—, qué contento va! Si supiera...





Corrió como un desesperado.





Llegó el hombre a su casa, llamó precipitadamente a la puerta, le abrieron, y loco de contento entró en ella, diciendo a su mujer:

—María, ya somos felices; toma esta moneda y manda que nos traigan para hacer de comer hoy.

—Pero, Francisco—dijo la mujer—, ¿dónde has hallado esto?

—Esto me lo ha dado una buena señora que me he encontrado en el camino y que me ha prometido protección y amparo.

Hicieron una lista de lo que una de las niñas había de traer, y diéronla la moneda, que la chica apretó entre sus manos como temerosa de que se la quitaran.

En la tienda dio la muchacha la lista, y mientras pesaban y medían lo que pidiera, dio, para que se cobrasen, la moneda de oro; miráronla, la sonaron, volviéronla a mirar, y en esta operación estaban, cuando entraron otros parroquianos; fuese el dueño a despacharlos, llevándose la moneda en la mano; tras aquellos primeros llegaron otros a quienes sirvió lo que pidieron, y la pequeña esperaba y esperaba.

—Buen señor—preguntó, una vez desocupado el descortés comerciante—, ¿me despacha usted?

—¿Qué quieres?

—Los géneros que mi padre le ha mandado





a pedir en una lista y la vuelta de la moneda de oro que le he dado.

—Tú no me has dado nada, rapazuela, ni en tu casa tienen monedas de oro, ni de plata, ni de cobre. Anda, vete y dile a tu padre que cuando me pague la cuenta que me debe, le enviaré los géneros que me pide.

Se fue la chica llorando... Aquella noche, como el día anterior, se acostaron sin cenar.

Pasaron los días, llegó el domingo, cogió el pobre Francisco un palo y fue al sitio en que había de esperar a las jóvenes, y sobre todo a la que le había prometido protección.

Apenas había llegado al lugar de la cita, llegaron las que esperaba.

—Y bien, mi pobre amigo—preguntóle la del vestido negro— ¿cómo te va?

—Mal, mi buena señorita, peor que antes.

—¿Y cómo es eso? ¿No te dí una cantidad suficiente para que pasases estos días?

—Sí, señora; pero se me ha perdido.

Y refirióla el caso de la tienda.

—Bueno, hombre, ¿qué le vamos a hacer? Toma del ronzal esa recua de borricos que va cargada de azafrán; vale una fortuna; véndela y sé feliz. Si alguna vez me necesitas, ven a este sitio y yo te escucharé, pues sabes que estoy decidida a protegerte.

Desaparecieron las jóvenes; cogió, lleno de





Se fue la chica llorando.



alegría, el ronzal del primer borrico, y se dirigió al pueblo con la carga.

Pero sucedió que la mañana del día anterior unos arrieros habían sido robados en el camino del pueblo y les habían robado precisamente una carga de azafrán en igual cantidad que la regalada por la joven a aquel desgraciado, y había la justicia enviado sus agentes por los contornos con objeto de que recuperaran lo robado y prendieran al criminal.

No bien hubo llegado a la entrada del lugar, cuando tropezó con un alguacil que, poniéndole la vara en el hombro, le ordenó le siguiera a presencia del alcalde.

Fueron allá, y los que le vieron pasar llevado por el alguacil y llevando la reata cargada de azafrán, supusieron que era el ladrón, y fueron siguiendo al desdichado, llenándole de improperios y llamándole descaradamente *¡Ladrón!*

El desgraciado siguió su calle de la Amargura, y cuando llegó al Ayuntamiento ya iba más muerto que vivo. En vano le interrogaron, le amenazaron, le suplicaron que se defendiese, pues le iba en ello la vida. El no hacía más que llorar. Metieronle en un calabozo oscuro, lleno de ratas, húmedo y frío; el pobre Francisco no sentía nada, lloraba siempre y lloraba sin consuelo. Los arrieros dijeron que aquellos fardos se parecían a los suyos; que los borricos, como no hacía más que días que





los habían comprado, no tenían seguridad de si serían los mismos; que reconocerían si eran ellos, porque uno tenía el defecto de ponerse de pie conforme se le iba a montar. Montaron en todos, y el último, no bien se intentó montarle, se levantó de manos tirando al jinete; la prueba fue decisiva: aquellos burros y aquella carga era la de ellos.

Procedióse a averiguar la parte de criminalidad de Francisco en aquel asunto, porque los arrieros juraban y perjuraban que habían sido cuatro los ladrones y que entre ellos no estaba el preso. Francisco, al ser preguntado, respondía sólo:

—Esa carga es mía, y lo probaré siempre que me acompañen a la salida del pueblo, donde he de hablar con una persona.

Mandó el alcalde que le acompañaran, y no bien hubieron llegado allí, salieron al encuentro las dos jóvenes.

—Ya sé lo que te sucede, y veníamos a salvarte. Yo soy la Desgracia, y me había empeñado en protegerte, cosa que no he conseguido. Esta es la Fortuna, y vamos a probar si es posible hacer contigo lo que yo no he logrado.

Entonces díjole la Fortuna:

—Toma esta peseta y paga a ese hombre el trabajo que se ha tomado acompañándote, y vete a la cárcel tranquilo.





—Pero—dijo—, ¿cómo voy a probar que las cargas son mías y no las he robado?

—Vete al pueblo y no temas.

Volvióse el pobre Francisco con el alguacil al pueblo, triste y pensativo, pues no llevaba la prueba ofrecida, y pensando en lo que sería de sus hijos y su mujer.

Llegó a la cárcel, y cuál no sería su sorpresa cuando el alcalde le dijo:

—Ya pareció la recua robada, pobre Francisco, y se ha demostrado que la que tu traías es tuya, pues en ella venía el acta de cesión y precintado a tu nombre, y los hierros de las bestias tienen tus iniciales, y las guías vienen a tus señas.

—¡Ah, señor, y cuánto bien me hacéis!

Salió a la calle y todos le decían:

—Perdónanos, Francisco, si te hemos injuriado creyendo que podías robar.

Llegó a su casa y encontró la mesa puesta, y humeando sobre la mesa un succulento guisado en una bonita fuente, y la mesa con ricos manteles, y alrededor de ella sillas nuevas, y todos sus hijos contentos y felices.

—Te estábamos esperando; ha venido por aquí una joven vestida de blanco acompañada de otra cuyo traje era completamente negro, y nos ha contado lo que te pasaba, pero asegurándome que pronto estarías aquí. Me ha mandado que envíe a comprar, dándome este bol-





El alcalde le dijo...



són de doblas de oro para el gasto, y a poco de marcharse entraban unos hombres con todos estos muebles y diciéndome que ya tenías comprador para la carga de azafrán.

Sentóse a comer y fuéronse luego a descansar en las camas que les había regalado la Fortuna.

A la mañana siguiente levantóse Francisco muy temprano para ultimar el trato, y, dándola muy barata, sacó de ella 40.000 duros.

Fueron de la casa a comprar aquella misma mañana, y el dueño de la tienda les dijo que la noche anterior se habían encontrado en el cajón una onza, y como nadie acostumbraba a llevar estas monedas, creía que era la que había reclamado la muchacha hacía algunos días.

De modo que cuantas cosas proporcionó la Desgracia por favorecer a aquellas pobres gentes, y que se les habían vuelto en su contra, con el simple deseo de la Fortuna habíanse convertido en felicidades.

Por eso decía siempre el padre a sus hijos:

—La Fortuna y la Desgracia van siempre unidas y es necesario saber cuándo protege la una o la otra.





LA TÍA MISERIA

HABÍA en una aldea, situada a orillas de un río, una mujer conocida con el apodo de *Miseria*, que se pasaba la vida pidiendo limosna de puerta en puerta, y que parecía más vieja que Matusalén.

Esta pordiosera tenía por toda familia un perro llamado *Cutuche*, y por toda fortuna un palo y una cesta, donde guardaba las provisiones con que la socorrían.

Detrás de la choza en que se cobijaba, crecía un peral tan hermoso, como no se había visto ningún otro en la tierra.

Miseria disfrutaba saboreando los frutos de su peral; pero los muchachos de la comarca solían arrebatárle con frecuencia las mejores peras, mermando así el único placer que disfrutaba.

Todos los días, la tía *Miseria* salía a pedir limosna con el perro; pero en el otoño, *Cutuche*





permanecía en la choza guardando el peral; separación que causaba a los dos molestia y pena, porque la pobre y el perro eran muy buenos amigos.

Un invierno, que cayó tanta nieve que hasta los lobos fueron a refugiarse en las poblaciones, la *Miseria* y su perro no salieron de la choza.

Una noche de las más crudas llamaron a la puerta, y una voz quejumbrosa dijo:

—Abran ustedes la puerta, por amor de Dios, a un pobre que se está muriendo de hambre y de frío.

—Levante usted el picaporte—dijo la *Miseria*.

Así lo hizo el forastero, y al entrar pudo verse que llevaba por todo traje unos cuantos harapos, que era viejo y caduco, y que llevaba por todo equipaje un palo, en el que se apoyaba.

—Siéntese usted, buen hombre—dijo la vieja—. No ha tenido usted suerte al venir por aquí; pero todavía puedo ofrecerle un poco de fuego para que se caliente.

Y encendió el único haz de leña que le quedaba, y regaló al viejo un pedazo de pan y una pera que habían dejado los chiquillos en el árbol.

Mientras el buen viejo comía, el perro le acariciaba. Cuando terminó la colación, la tía *Miseria* obligó a su huésped a que se tapase con la única manta que tenía, mientras ella se tendía en el suelo y apoyaba la cabeza, para dor-





No salieron de su choza.





mir, sobre el respaldo de la única silla que allí había.

Al día siguiente se despertó muy temprano.

—No tengo nada que darle a mi huésped, y va a tener que ayunar. Saldré por ahí a pedir, y si me dan algo vendré en seguida.

Al abrir la puerta vio que hacía una hermosa mañana. Los ardorosos rayos del sol derretían la nieve, y la temperatura era muy agradable. Al volverse con objeto de recoger su palo de un rincón, vio de pie al forastero y dispuesto a marcharse.

—¿Se va usted ya?—le preguntó.

—Ya he cumplido mi misión—respondió el desconocido—y necesito ir a dar cuenta exacta de lo que he hecho. Yo soy un enviado de Dios, y por su voluntad estoy en el mundo para informarme de cómo practican por aquí la caridad, que es la primera de las virtudes cristianas. He llamado a las puertas de muchos ricos, y en todas ellas se han negado a socorrerme; tú has sido la única que se ha apiadado de mi desgracia, siendo más desdichada aún que yo. Dios te premiará, no lo dudes. Dime lo que puedo hacer por ti; cualesquiera que sean tus deseos, se realizarán.

La *Miseria* se santiguó y cayó de rodillas.

—¡Oh, buen señor! Habéis de saber que cuando hago la caridad no me mueve interés alguno. Además, no necesito nada.





—Eres demasiado pobre para mostrarte tan generosa. Pide sin temor lo que quieras. ¿Quieres un campo que produzca abundante trigo, un bosque que te provea de leña? ¿Quieres dinero, honores? Habla, mujer.

La tía *Miseria* movió la cabeza y dijo con humildad:

—Puesto que lo exigís, obedeceré. Tengo en mi jardín un peral; los muchachos de la comarca vienen a comerse, cuando es tiempo, sus frutos, y a fin de evitarlo, me veo obligada a dejar de guardián a mi perro. Ya que es tan grande vuestro poder, haced que el que suba a mi peral no pueda bajar sin mi permiso.

—Amén—dijo el huésped, sonriéndose.

Y después de darle su bendición, desapareció.

En lo sucesivo todo fueron venturas para la tía *Miseria*.

Al llegar el otoño, el primer día que salió de su albergue la pobre anciana, los chicuelos, incitados por la golosina y no pensando en el castigo que por su vicio iban a recibir, treparon al peral y se llenaron los bolsillos de peras; pero al querer bajar les fue imposible.

A su vuelta, *Miseria* les encontró colgados del árbol, y así los dejó algún tiempo para que escarmentaran. No hay que añadir que en lo sucesivo no sólo no volvieron a quitar al árbol sus frutos, sino que ningún habitante de la comarca se acercaba al misterioso peral.





Un día, hacia fines del otoño, que estaba tomando la *Miseria* el sol, oyó una voz quejumbrosa que decía:

—¡Eh, tú, *Miseria*, *Miseria*!

La buena mujer se puso a temblar de pies a cabeza, y *Cutuche* comenzó a dar aullidos lastimeros.

Se volvió y vio a un hombre largo, muy largo, delgado, muy delgado, amarillo y viejo, más que un patriarca.

Por la guadaña que llevaba, la *Miseria* reconoció a la Muerte.

—¡Hombre de Dios!—le dijo con voz alterada—. ¿Qué busca usted aquí?

—Prepárate a seguirme, pues es a ti a quien busco.

—¿Ya?

—¡Me gusta la frescura! ¿Te pesa mi venida, cuando debías alegrarte, ya que eres tan pobre, tan vieja y tan enfermiza?

—Ni soy pobre ni soy vieja. Tengo pan y leña, que es cuanto necesito, y hasta la Candelaria no cumpliré los noventa y cinco. En cuanto a lo de enfermiza, ¡ya quisiera usted estar tan bueno y tan sano como yo!

—Mejor lo pasarás en la otra vida.

—Se sabe lo que se pierde en ésta, pero no se sabe con certeza si se ha ganado el cielo. A más de esto, mi ausencia entristecería a mi perro.





La guadaña que llevaba...



—Vendrá con nosotros. Vamos, que tengo prisa.

Miseria suspiró.

—Concédame usted algunos minutos para arreglarme un poco.

Consintió la Muerte; pero, mientras se acicalaba la buena vieja, fijó su mirada en el peral, y se le ocurrió una idea que le hizo sonreír. Saliendo hasta la puerta de la choza:

—Buen hombre, hágame usted un favor—le dijo—. Trepe usted al peral y cójame las tres peras que quedan para que me las vaya comiendo por el camino.

—Con mucho gusto—dijo la Muerte.

Y trepó al árbol. Pero su asombro fue grande cuando, después de haber cogido las tres peras, vio que le era de todo punto imposible bajar del peral.

—¡*Miseria!*—gritó—, ayúdame. Este maldito árbol está embrujado.

Acudió la vieja a la puerta, y vio los grandes esfuerzos que hacía la Muerte con sus brazos y sus piernas para librarse de las ramas que la enlazaban y la oprimían, como si un poder oculto las moviese.

Miseria comenzó a reír y dijo:

—No me corre prisa dejar esta vida hasta que Dios lo decrete. Quédate ahí, que tienes para tiempo. De esta hecha, el género humano va a deberme el mayor de los beneficios.





Y cerró la puerta, dejando a la Muerte colgada del peral.

Pasó el tiempo, y como la Muerte no desempeñaba sus funciones, causó mucho asombro ver que nadie se moría en las poblaciones de la comarca.

El asombro fue grande al mes siguiente, sobre todo cuando se supo que otro tanto pasaba, no sólo en la provincia, sino en todo el mundo. Nadie había oído hablar de cosa semejante, y cuando vino de nuevo el otro año, se supo que nadie había muerto en ningún país del mundo.

Los enfermos se habían curado sin que los médicos supiesen cómo ni por qué, a pesar de lo cual se vanagloriaban por haberles salvado la vida. Pasó otro año, y al final de él, los hombres se felicitaban por haber llegado a ser inmortales. Con este motivo hubo grandes festejos en todas partes, y no teniendo miedo de morir, ni de indigestión, ni de gota, ni de apoplejía, comieron y bebieron hasta dejárselo de sobra.

Durante los veinte, treinta y noventa primeros años, todo fue bien; pero al cabo de este tiempo, no era raro ver ancianos llenos de achaques, perdida la memoria, ciegos, sordos, sin paladar, sin tacto, sin olfato, insensibles a todo goce, que comenzaban a pensar que la inmortalidad del cuerpo, según la actual vida, no





Ancianos llenos de achaques.





era un beneficio, como algunos han creído erróneamente.

Hubo necesidad de reunir a todos los ancianos en inmensos hospicios, en los que cada nueva generación no tenía más remedio que ocuparse en cuidar a las precedentes, que no podían librarse de la vida.

Con reyes achacosos, los gobiernos se debilitaron, las leyes cayeron en desuso, y los inmortales, seguros de no ir al infierno, se entregaron a todo género de crímenes. Saqueaban, robaban, incendiaban; pero ¡ay! lo único que no podían hacer era asesinar.

Como los animales tampoco morían, se pobló de tal modo la tierra, que no bastaban sus productos a nutrir a sus pobladores; de aquí resultó un hambre terrible, y los humanos andaban errantes, desnudos por los campos, porque ya las habitaciones no eran bastantes para todos, y no poder morir se constituía la mayor de las crueldades.

Acostumbrados la *Miseria* y *Cutuche* a sufrir, y habiéndose quedado sordos y ciegos, no podían formarse la menor idea de lo que pasaba en el mundo.

Los hombres buscaban la muerte con más empeño que antes habían tenido para huir de ella. Recurrieron a los venenos y a las armas más mortíferas; pero unos y otras no hacían más que estropearlos sin destruirlos. Se hicie-





ron unos pueblos a otros guerras formidables para destruirse mutuamente; pero los combatientes no lograban matar a un solo hombre.

Se convocó un Congreso, al que acudieron todos los médicos del mundo.

Allí buscaron un remedio contra la vida; se ofreció un gran premio de 100.000 francos al que encontrase la receta de la muerte; pero todo fue en vano.

Por aquél tiempo había un médico muy sabio, llamado *Sinescrúpulos*.

Era un hombre excelente, que en los buenos tiempos había enviado mucha gente al cementerio, y estaba desesperado con aquel insufrible estado de cosas.

Una noche, al volver a su casa después de haber comido con el alcalde de la población en que vivía, se perdió en el camino, y casualmente llegó a pasar cerca de la choza de la *Miseria*, sorprendiéndose al oír una voz que decía:

—¿Quién libraré a la tierra de la inmortalidad, cien veces peor que la peste?

El doctor alzó los ojos, y su alegría fue grande al reconocer a la Muerte.

—¿Usted por aquí, mi antiguo amigo?—le dijo—. ¿Se divierte usted en ese árbol?

—Estar aquí me desespera—respondió la Muerte.

El doctor le tendió la mano, y la Muerte





hizo un esfuerzo tan grande, que suspendió al doctor, y el árbol le enlazó con sus ramas, dejándolo aprisionado. Cuantos esfuerzos hizo fueron inútiles: tuvo que resignarse a vivir en compañía de la Muerte.

Grande fue el asombro de sus convecinos, y en todos los periódicos se anunció su desaparición. ¡Tiempo perdido!

Sus parientes recorrieron la comarca y registraron todos los rincones, hasta llegar cerca de la choza de la *Miseria*.

Al verlos, el doctor agitó sus brazos, pidiendo auxilio.

—¡Por aquí, por aquí!—gritaba—. Aquí tengo a la Muerte. Está en mi poder, pero nos es imposible bajar de este árbol.

Los primeros tendieron la mano a la Muerte y al doctor; pero del mismo modo que éste, fueron suspendidos.

Acudían hombres, se colgaban de los que estaban suspendidos; crecía el árbol y quedaban suspendidos a su vez.

Pendían ya de las ramas millares de seres humanos, y algunos de los últimos que llegaron, dispusieron echar abajo el peral; pero era invulnerable a los hachazos. Tanto ruido hacía aquella gente, que la *Miseria*, a pesar de su sordera, se enteró de lo que pasaba.

—Únicamente yo—dijo—puedo librar a esa gente de su cautiverio, y consentiré en ello





con tal de que no venga a buscarnos ni a mí ni a mi perro hasta que yo la llame.

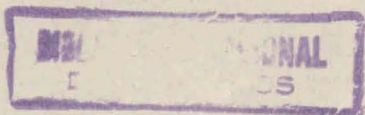
—Aceptado—dijo la Muerte—. Yo procuraré obtener el correspondiente permiso de quien todo lo puede.

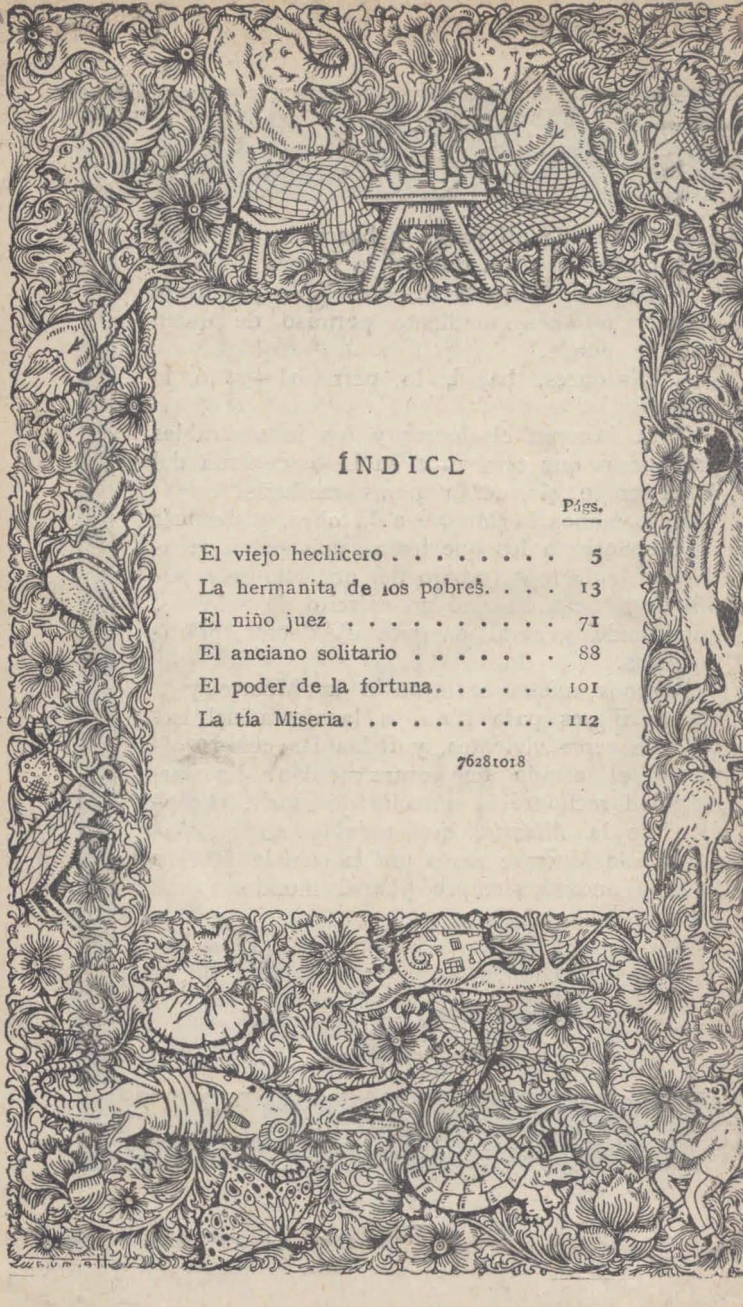
—¡Entonces, bajad, lo permito!—gritó la *Miseria*.

Y la Muerte, el doctor y los innumerables prisioneros que estaban a su lado cayeron del árbol como si fueran peras maduras.

Puso manos la Muerte a la obra, y después de despachar a los que tenían más prisa, viendo que tenía más trabajo del que ella sola podía desempeñar, formó un ejército de médicos, nombrando general en jefe al doctor *Sinescrúpulos*.

Algunos meses bastaron a la Muerte y a sus auxiliares para librar a la tierra del exceso de seres vivientes, y todas las cosas volvieron al estado que antes tenían. La humanidad recuperó el derecho de morir, excepción de la *Miseria*, que todavía no ha llamado a la Muerte; razón por la cual la *Miseria* anda y andará siempre por el mundo.





ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El viejo hechicero	5
La hermanita de los pobres. . . .	13
El niño juez	71
El anciano solitario	88
El poder de la fortuna.	101
La tía Miseria.	112

76281018



BLIOTECA ILUSTRADA

